



El doctor ha llegado,  
¿cuál es tu emergencia?

# HAZME SENTIR

crónicas del deseo libro 1

*Katia Garmendia*

**HAZME**

**SENTIR**

Crónicas del deseo 1

Katia Garmendia

© Todos los derechos reservados Katia Garmendia 2020

Esta es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera casualidad.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso expreso y por escrito de la autora.

## **Sinopsis**

Para cualquier mujer es una verdadera pesadilla quedarse insatisfecha en la cama.

Para Melanie Martinelli esa es una realidad con que tiene que vivir todos los días, a sus más de treinta años no ha logrado que la ola la arrase a menos que tome el asunto en mano propia.

Esto hasta que una amiga le recomienda ir a visitar a un doctor muy especial.

Ella está preparada para ganar, ¿estará también dispuesta a pagar el precio?

# Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1

## Melanie

—Joder, pero es que esa es la peor pesadilla para cualquier mujer —chilla Alicia, mi mejor amiga y confidente desde el otro lado de la mesa. La muy bruta casi se ha atorado con el vino, cuando le conté sobre mi... *problemilla*.

Por vergüenza, muchas mujeres nos callamos lo que nos ocurre. Sobre todo si del catre se trata. ¿El mío? Pues que por más que me la metan, me hagan una cosa y la otra. Pues nada. Eso mismo. No pasa nada. No he tenido el placer de conocer el significado de la palabra éxtasis.

El idiota de mi ex, ni se dio a la tarea de solucionarlo, ni mucho menos aguantarlo. Y sí, a mis treinta y dos abriles soy una mujer insatisfecha. Jamás he podido sentir uno grande que no haya sido por propia mano.

¿Entendéis, verdad?

—Mujer, ve y cámbiate de ropa, esto necesita medidas extremas —ordena cual general de caballería, ya está buscando en su bolso sólo sabe Dios qué tantas cosas.

—¿Qué se te metió en la cabeza, so bruta, y para qué voy a querer yo cambiarme de ropa?

—Pues porque nos vamos de marcha inmediatamente, es jueves o lo que la gente llama pre-viernes. El barrio francés a esta hora está en todo su apogeo, ya encontraremos quién te solucione el problemita.

Ir a por unos tragos no me suena nada bien, es jueves, lo que en el idioma de quienes tenemos que trabajar de ocho a cinco significa que queda un día más de tortura. Además, soy maestra de jardín de niños. Mi horario comienza a eso de las siete y termino después de las cuatro, si tengo suerte. Y conociendo bien como se me han dado las cosas, no confío en ella pero ni un poquito.

—Estás loca como una cabra si crees que voy a ir de marcha contigo, tengo que cuidar dieciocho terremotos mañana.

—¿Qué tienes que perder? —insiste ella—. En cambio, puedes ganar mucho, ¿qué si hoy te encuentras con un mulato de esos que la tienen como un caballo y te hace ver estrellitas?

¿Además de un mal día con los trastos que tengo por alumnos? Realmente no es mucho.

Hora y media más tarde, nos estamos bajando de un taxi frente a uno de esos chiringuitos que tocan jazz toda la noche y venden tragos caros.

Conocí a mi amiga Alicia Boudreaux en la universidad, aunque ella se especializó en educación especial y yo me incliné por preescolar, sin embargo, hemos sido inseparables desde entonces y vivimos en el mismo edificio, sólo a unos cuantos niveles de diferencia.

Me he maquillado más de lo normal, al verme, Alice dijo que tenía licencia para matar. A lo cero-cero-siete, vea usted. Le he pasado la plancha a mi largo cabello rubio y ahora cuelga sobre mi espalda sin un pelo fuera de su lugar, tapando en parte el escotazo de mi corto vestido de terciopelo negro.

Mi amiga, por el contrario, viene vestida de verde chillón. El color hace maravillas con su piel oscura y hace que sus grandes ojos marrones brillen. Es preciosa y poseedora de un cuerpazo que para el tráfico, créanme, lo he visto antes. A su lado me siento como la típica rubia de ojos azules que encuentras en cualquier esquina.

Entro al bar caminando detrás de Alicia, quien se dirige directamente a la barra. El lugar está a reventar, debemos abrirnos paso casi a codazos, encontrar una silla libre es misión imposible. Así

que tras hacernos de una copa de vino, nos quedamos entre el gentío sopesando las posibilidades.

—No vayas a mirar detrás de ti —me dice después de un rato, estamos en nuestra segunda copa y hemos encontrado un par de asientos frente a la barra, gracias a Dios, porque los pies comenzaban a dolerme—. Hay un tío alto y moreno que viene directo hasta donde estamos. Está como un tren, este te apuesto que calza del cuarenta y cuatro. Ya sabes lo que dicen, pie grande...

—Estás como una regadera, Alicia, ¿cómo coño sabes que viene por mí? Bien puede interesarle una morenaza de fuego —me río, pero la verdad es que me están sudando las manos.

El cuello me duele por las ganas de querer voltear a dar un vistazo de quien sea que venga en nuestra dirección.

—Porque no te ha quitado el ojo de encima, a ti, so tonta.

No tenemos tiempo de decir nada más, una voz ronca habla a mi espalda y la piel se me pone de gallina.

—Buenas noches, señoritas —saluda el hombre, poniéndose a mi lado. Levanto la cabeza para verle y los calzones casi se me caen.

Es alto, de piel oscura y dueño de los ojos verdes más bonitos que he visto en toda mi vida. Coñe, de remate están rodeados de unas gruesas pestañas oscuras. Su boca es grande y gruesa y un asomo de sonrisa comienza a dibujarse en ella al darse cuenta que le estoy dando una buena repasada.

El hombre no tiene pena alguna, pues también hace lo suyo. Comiéndome con los ojos, comenzando en mis piernas. A decir verdad, el vestido negro que llevo se ha subido un poco al estar aquí sentada y cruzada de piernas, así que bueno, que le aproveche.

Venga, valiente, que a eso vinimos aquí. Me doy el discursito mental mientras espero a que él haga el siguiente movimiento.

Vaya que tiene presencia, como dijo Alicia, yo también apuesto que tiene el pie grande, porque es altísimo, seguramente le estará cerca de medir dos metros.

—Ay mira, ahí está Delfina, los veo en un rato —chilla Alicia y sin decir más, se va sepa a dónde.

La conozco bien, la muy descastá, esto lo ha hecho a propósito. Ya arreglaré cuentas con ella mañana.

El hombre no pierde el tiempo en ocupar el banco que ha dejado mi amiga—mi ex-amiga—vacío.

—Fabien —dice extendiendo una mano grande y elegante en mi dirección—. Es un placer conocerte.

Sonríe con confianza y se pasa la lengua por el labio inferior. Joder si ese sutil movimiento no hace que me den maripositas en el estómago.

—Leny —le contesto, dándole un nombre falso. Bueno, no tanto, así me ha llamado mi madre toda la vida. Y además, no creo que le interese mucho mi apellido, él tampoco ha dicho el suyo.

—Tu copa está vacía —dice e inmediatamente se dirige al chico detrás de la barra, ordenando un güisqui para él y otra copa de vino blanco para mí—. Es la primera vez que te veo aquí, ¿estás en la ciudad de turista?

—Acabo de comenzar a trabajar aquí —comienzo—, hace más o menos un año tuve algunas complicaciones, así que tras deliberar un poco, pensé en venir a vivir al sur.

La verdad es que nací en Boston, mi familia todavía vive ahí y mi madre casi estira la pata cuando le dije que no iba a regresar a la ciudad tras pasar por la facultad, primero estuve viviendo en Filadelfia, después en Florida a dónde me mudé con Robert, mi novio, cuando me enteré de la cornamenta que me puso, supe que era el momento de volver a cambiar, Alicia me dijo que podía

recomendarme un par de colegios que conocía y bueno, lo demás es historia.

—Bueno, Leny, me alegra que lo hayas hecho.

Caemos en una conversación fácil y entretenida, nada de importancia, debo agregar. Sin embargo, algo flota en el aire en medio de nosotros, haciendo que nuestros cuerpos estén cada vez más cerca.

Sus dedos jugueteando con mi cabello, mi mano en su pierna. Lo normal del coqueteo, pues. Y he dado buena cuenta de dos copas más de vino, así que siento la cabeza bastante ligerita.

Cuando sus labios tocan mi hombro desnudo, casi me caigo de la silla. Su beso me pone a cien y al mismo tiempo hace que mi interior se derrita. Y que las telarañas que tengo por ahí se desintegren.

*¿Qué me está pasando?*

Minutos después nos estamos besando—corrección, nos estamos comiendo—, algún cable me debe haber hecho corto circuito en la cabeza, porque yo no soy así, no soy del tipo de chicas que se enrolla con alguien en la primera cita, mucho menos con un tío del que no sé ni su apellido.

*Vaya que estoy como una regadera.*

—Conozco un lugar aquí cerca —murmura en mi oído y la piel se me pone de gallina—, quiero estar solo contigo.

Estoy a punto de decirle que sí cuando una intensa sensación de miedo me invade. Parece que la razón no se me ha ido cuando el morbo invadió este cuerpecito.

Tengo que irme, tengo que salir pitando de aquí mientras tenga la voluntad para hacerlo.

Así que tomo mi cartera de mano de donde la he dejado sobre la barra y tras murmurar no sé qué mala excusa, salgo del bar, sintiéndome acalorada y más borracha de lo que pensaba.

En el viaje a casa, no me puedo sacar de la cabeza la expresión de sus ojos verdes cuando le dije que tenía que irme.

*¿Decepción?*

Y otras cosas a las que no puedo ponerles nombre. Vaya, tal vez me he perdido del revolcón de mi vida, pero también puede que haya salvado el pellejo. ¿Quién me asegura a mí que ese hombre no era un asesino en serie de esos que salen en Netflix?

~ ~ ~

Decir que he pasado mala noche es un eufemismo, la verdad es que no he pegado el ojo. Cuando los niños a los que debo enseñarles comienzan a llegar, tengo la cabeza como la campana de una iglesia, apenas puedo moverme y me siento agotada.

No vuelvo a salir cuando debo dar clase al día siguiente. Nunca más. No es lo mismo a los veinte que cuando ya has subido al tercer piso, hija mía.

Por suerte no tengo que lidiar con Alicia en mi horario laboral, pues el centro para educación especial que depende de la misma institución para la que yo trabajo, está ubicado en otro edificio. Así que contadas veces nos cruzamos en el día y no nos es permitido el uso del móvil, a menos que sea una emergencia.

Y el cotilleo no califica como emergencia, al menos no en mi léxico.

La mañana pasa lentamente y cuando por fin llega la hora de salir al patio de juegos, agradezco el hecho de que hoy no me toca ser monitora, así que tengo media hora libre para tratar de que mi estómago acepte algo y ver si me baja este infame dolor de cabeza que tengo el día de hoy.

Y la resaca no es sólo física.



Una de mis compañeras de trabajo, una de esas chicas que parecen sacadas del catálogo de la esposa perfecta. Para muestra, la sortija que lleva en su dedo anular.

Ella se deja caer a mi lado y yo me preparo para el juicio, seguramente una mujercita recatada y bien puesta como ella, nunca ha cometido un sólo error en su puta vida y pretende venir a darme clases de decencia.

Para mi sorpresa, ella me ofrece una lata de Coca-Cola bien fresquita y se queda en silencio, mirando hacia el frente.

Me pregunto qué droga ha de haber tenido la bebida dentro, porque en menos de diez minutos le estoy contando todas mis penas, casi vomitándoselas encima. Claro, en el sentido figurado, por supuesto que no he sido tan cochina.

Sin duda, alguna mosca me ha tenido que picar. Sofía me escucha en silencio, pero con atención mientras le cuento el desastre que es mi vida sexual y lo que espero sentir.

—Me moriría —dice finalmente y luego se sonroja—. Mi matrimonio funciona en gran medida porque a ambos nos gusta el sexo, como tú lo quieras imaginar, algunas veces tierno y amoroso. Otras lleno de morbo, a mi esposo le gusta la aventura.

Ahí está, se pone roja otra vez. Y aunque una parte de mi quiere preguntarle por qué me sigue contando esto si es tan personal, otra quiere que continúe y ver a dónde vamos a salir.

*Tela marinera, tía.*

—Creo que tengo la solución a tu problema —suelta después de dar algunas vueltas y me preparo para el momento que me recomiende ir a un bar para solteros o una bruja, vaya usted a saber. Nunca se sabe lo que hay en la cabeza de una mujer, así como en sus carteras—. Conozco a alguien que te puede ayudar, es un profesional, en mejores manos no podrías estar.

—¿Un profesional? —Vaya que sí estoy intrigada.

Ella voltea a ver el reloj que cuelga del muro del comedor para maestros en el que estamos, y sé que tenemos que apurarnos, el tiempo se nos está acabando.

La vuelvo a mirar, su cabello oscuro bien recogido en una coleta, lleva un vestido de flores con escote redondo y una rebequita encima. En sus pies, unas manolequinas, es la imagen de esposa perfecta, a esta no me la puedo imaginar que le den duro contra el muro.

Pero caras vemos, corazones no sabemos. La gente cambia cuando las puertas se cierran y lo que ella y su marido hagan no es mi problema.

La campana suena y ella se levanta como un resorte, pero antes de irse a su salón, me deja una tarjeta con un número de teléfono escrito.

—Piénsalo —dice, y sin más se va.

Tomo el cartoncillo entre mis manos y en ese mismo momento siento como si me quemara, como si hubiera sido forjado en metal caliente y el herrero acabara de ponerlo en la palma de mi mano.

Piénsalo, más fácil decirlo que hacerlo. El resto del día tengo la cabeza como un bombo. Pero al llegar a mi piso y encontrarme con las mismas paredes blancas y las cajas que no he terminado de desempacar la decisión está tomada.

Antes de darme la oportunidad de reprenderme y no hacerlo, estoy marcando el número de teléfono que me ha dejado mi colega.

Una voz masculina contesta después del segundo timbre.

—Habla el doctor Benoît —vaya, esta sí que es una sorpresa, contestando él mismo y con esa voz que es embriagadora y que quieres más de ella—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Sofía James me dio este número, dijo que es un especialista en mi problema.

Bueno, espero que con esa información el hombre sepa de qué estamos hablando.

Al escuchar sólo silencio al otro lado de la línea, pienso que he perdido la conexión.

—¿Bueno?

Le escucho coger aire profundamente, para finalmente decir—: ¿Necesitas un examen completo?

—Sí —contesto antes de preguntarme de qué se trata.

¿Se supone que él es el experto, no? Y si voy a hacer esto, lo voy a hacer bien.

—¿Tu marido va a venir contigo?

Esa pregunta sí que me hace dudar,

—No estoy casada, ¿es necesario tener esposo para ir al médico?

Una suave carcajada llega desde el otro lado de la línea.

—No, no lo es. Pero necesito saber si esta es la primera vez que vas a ir con un especialista.

Cierro los ojos y pienso en la empanada mental que me he hecho, vamos, ya no sé ni cómo contestar.

—Sí —respondo sinceramente, no sé qué me vaya a esperar en su oficina.

—Ya veo, ¿por ser esta tu primera consulta quieres que una enfermera esté en el consultorio mientras te examino?

¿Qué si quiero que otra persona esté presente y sea testigo de mi humillación? No, definitivamente no.

—Creo que puedo arreglármelas sin una.

—Muy bien —su tono de voz no devela nada, pero me recuerda a alguien que no logro ubicar.

Joder, me estoy volviendo loca, vaya que tengo la cabeza hecha un lío.

—Puedo verte el miércoles a las seis de la tarde, en punto.

Es viernes y pasan de las cinco de la tarde, ¿cómo es que tiene hora tan pronto?

Pero bueno, este no es un problema común y estoy segura que no va a ser la típica atención hospitalaria que ofrece el sistema sanitario. ¿No es así?

—Espero que te prepares de manera adecuada —dice y sus palabras suenan como a una orden—. Aquí vas a firmar unos papeles antes de que empecemos, nos vemos entonces.

Sin darme oportunidad de responder termina la llamada y me quedo mirando los suelos de madera de mi piso.

Dos cosas son ciertas, este fin de semana voy a terminar de desempacar y voy a ir a hacerme una depilación completa.

## Capítulo 2

### Melanie

La oficina del doctor se encuentra ubicada en una elegante zona de la ciudad, en uno de esos edificios en los que tienen sus consultas esos médicos que cobran las perlas de la virgen por cada minuto de su tiempo y conducen coches importados.

He venido quince minutos antes, por si me arrepentía de entrar. Para mi alivio, todo parece de lo más normal, al menos en principio. Una recepcionista bien vestida me saluda desde detrás del mostrador y me hace llenar una planilla con mi información básica.

Luego otra chica con uniforme de enfermera me recibe y me hace pasar a una pequeña sala en dónde me toma la presión, me pesa y mide mi estatura. Después de anotar todo en una hoja me avisa que en unos momentos el doctor me recibirá.

Me hace pasar a un consultorio que parece nuevo y en el que no hay diplomas colgados en las paredes. Sólo una sala de espera privada con unas cuantas sillas y una mesita de café en la que reposan revistas. En el fondo hay una puerta, supongo que conduce al consultorio del *especialista*.

No han pasado ni cinco minutos cuando la chica vuelve y abre la otra puerta, la que estaba cerrada, efectivamente es un consultorio, un elegante escritorio de madera gobierna el espacio y más allá, tras un arco, hay una sala de examen.

—Puede cambiarse aquí, señorita Martinelli —me indica abriendo la puerta de un vestidor amplio y tan elegante como todo lo demás aquí—, después espere por el doctor en la sala de examen, él estará con usted en un par de minutos.

Me quito la ropa, doblándola pulcramente, y al quedar desnuda me echo encima la delgada bata que cuelga de un gancho de madera.

Qué bueno que este fin de semana, en medio de todo lo que tuve que organizar, me di tiempo para hacerme la cera y ponerme presentable. Ni loca me paro frente al médico peluda como un oso.

No he caído tan bajo.

Con las piernas temblorosas, salgo de la pequeña habitación y me dirijo a la sala de examen, ahí hay una mesa ginecológica (no es una sorpresa), aunque luce bastante moderna. Un banco de metal y un mueble con muchos cajones. Otros aparatos que no tengo idea qué son, pero que deduzco serán lo más top en diagnóstico.

Me siento sobre la mesa y cruzo las piernas, con las manos me acomodo el cabello que llevo suelto a mi espalda y me doy cuenta que también me están temblando.

*La madre que me parió. En qué lío me he venido a meter.*

—Disculpe la tardanza, señorita Martinelli —dice una voz ronca—. Tuve que atender una emergencia.

Levanto la vista y, para mi total asombro, me encuentro de frente con el hombre del que salí corriendo hace apenas unos días.

—Tú —le digo, porque no se me ocurre nada más.

—Melanie Martinelli —contesta él.

Con esta luz se ve aún más guapo, más intimidante. Su cabello oscuro está cortado casi a ras, pero con todo y eso, puedo ver algunas canas. En lugar de hacerlo parecer viejo, luce más atractivo. Más poderoso. Con más experiencia.

—Doctor Benoît —digo casi sin aire—. ¿Eres un médico o esto es un teatrillo?

Bueno, mejor una colorada que mil descoloridas. Por un lado quiero salir pitando de aquí, pero él me intriga. Me intriga mucho y quiero descubrir si mi problema tiene solución.

Además estamos en un ambiente seguro, ¿no es así? Es un consultorio médico, uno que a todas luces es respetable.

Él se ríe, pero no contesta a mi pregunta.

—Tengo unos cuantos formularios que deberás llenar y un documento para que firmes, si es que quieres seguir adelante con la consulta.

Lo miro y pestañeo un par de veces, él no me ha quitado el ojo de encima.

—Después de que firmes, hablaremos de tu problema y le buscaremos solución.

No me muevo, no puedo.

No, estoy diciendo mentiras, no me muevo porque no quiero. Porque aunque la curiosidad mató al gato, no me quiero quedar pensando y sí...

No, esta vida es muy corta y no me quiero quedar con la duda.

—¿Te quedas? —pregunta al ver que no me he movido, ni hecho el amago de hacerlo.

Asiento, evitando mirarle a los ojos.

—Necesito escucharlo.

—Sí, me quedo —digo después de unos cuantos segundos de silencio.

—Muy bien —juro que casi he podido escuchar satisfacción en su voz—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Nerviosa —admito, todavía no puedo verle a la cara.

—Eso es normal, es tu primera vez. Me dijiste que Sofía James te dio mi número, ¿eso es cierto?

—Sí, tengo un problema y ella me dijo que lo mejor era consultarlo con un especialista, dijo que eres el mejor. ¿De verdad eres un médico?

Por fin levanto la mirada y me encuentro con esos ojos verdes mirándome fijamente, casi como si me estuviera estudiando.

—Sí, lo soy. Doctor Fabien Benoît, a tus órdenes.

Bueno, al menos el hombre sabe lo que está haciendo.

—Antes de que empecemos, es necesario que llenes unos formatos y que firmes alguna documentación.

Me pasa un portapapeles con varias hojas impresas a blanco y negro.

El primero, es un acuerdo de confidencialidad que él ya ha firmado. El segundo una hoja que dice que si bien es un médico con licencia, ninguna de sus recomendaciones deberá ser tomada en cuenta como consejo de un doctor. Si quiero seguir las, será bajo mi cuenta y riesgo, de ninguna manera él será responsable.

*Tela marinera.*

En los papeles también dice que al firmar acepto ser desnudada, tocada, besada, follada. Que él usará su boca, sus dedos, su polla y demás instrumentos que considere conveniente. Que estoy abierta al sexo oral, vaginal y anal.

Además incluye que él usará protección a menos que los dos decidamos lo contrario, y que él se hace pruebas regularmente y está completamente sano. Que yo estoy igualmente sana y que no estoy embarazada.

Por último que de no seguir sus instrucciones podré ser castigada a discreción.

—Antes de que firmes, quiero que sepas dos cosas. La primera es que al firmar te estás entregando a mí, cada vez que cruces esa puerta harás lo que yo diga sin discusión alguna. Yo te

iré guiando, pues eres nueva en esto, hablaremos y llegaremos a acuerdos, pero depende de mí honrarlos. —Lo miro, él no vacila ni un instante, el poder que irradia de su cuerpo es innegable—. Lo segundo, es que no te voy a juzgar de ninguna manera, ambos somos adultos y hacemos esto porque nos apetece, no es problema de nadie y no debes avergonzarte de nada que digas o hagas. ¿Has entendido?

Lo sigo mirando sin saber qué decir. Todo está dicho ya.

Empecemos.

—¿Melanie?

—Sí —digo con la boca seca.

—Sí, doctor —completa por mí. Una orden, llamarle así—. Aquí está la pluma.

Estamos aquí con la puerta cerrada y he decidido entregarme a él.

Firmo con las manos temblorosas y sudorosas, de alguna manera consigo que mi nombre sea legible.

Le entrego el portapapeles y después de revisarlo con una mirada de satisfacción, lo mete en uno de los cajones del mueble y vuelve su atención a mí.

—Acuéstate —me ayuda a hacerlo con firmeza, una vez estoy sobre la mesa, tira de las cintas que mantienen la bata cerrada, exponiendo mis tetas y el resto de mi cuerpo desnudo.

De repente me siento más expuesta que nunca antes. Tengo los pechos grandes, nunca he sido la poseedora de una cintura de avispa y mis caderas son delgadas, pero de alguna manera, mi figura resulta armoniosa y tengo buenas piernas.

Caray, debo ir más seguido al gimnasio. Bueno, comenzando con inscribirme a uno.

—Dime qué es lo que te pasa.

Ahí está otra vez, no es una pregunta, es una orden.

Casi puedo escuchar los sonidos de la calle, el tic-tac de su reloj, mi respiración agitada.

Pero de mi boca no sale nada.

Nada.

—¿Melanie? —Pregunta después de un par de minutos—. Recuerda lo que te dije, no voy a juzgarte, sólo quiero saber para decidir qué rumbo seguir.

Sus manos bajan por mis hombros hasta mi pecho agitado, que comienza a acariciar con destreza. Mis pezones se aprietan bajo sus dedos expertos.

—No puedo correrme —le digo con la boca chiquita. A ninguna mujer le gusta reconocer algo así, es casi como gritar a los cuatro vientos que eres estéril.

—¿A qué te refieres, no puedes cuando tienes sexo con un hombre o no puedes ni por tu propia mano?

Me pregunta sin rodeos, en un tono clínico y seco que bien parece el de cualquier otro doctor, no uno que me está pellizcando los pezones, dejándolos doloridos y buscando más.

Su piel oscura hace contraste con la mía, tan blanca y pálida. Somos como dos piezas de ajedrez, totalmente opuestos. Y el resultado me gusta, me excita.

—¿Tienes los pechos sensibles?

—Normalmente no —admito, él sólo asiente mientras sigue con su examen. Sus manos se mueven expertas por mi piel, haciendo que mi corazón se acelere, debo apretar los labios para evitar gemir.

*¿En qué me están convirtiendo sus caricias?*

—Están en perfectas condiciones —dice después de unos minutos—. Responden bien al estímulo. Más adelante probaremos con pinzas, me gustaría ver cómo respondes a eso.

*¿Pinzas? De qué demonios está hablando.* Joder, soy una puritana, debo pasar por la librería y

hacerme de unas cuantas novelitas picantes. O en todo caso ir a Amazon y buscar algo.

—Tienes buen tono muscular —dice, cuando sus manos han dejado mis tetas y ahora acarician mi abdomen.

—Hago yoga al menos tres veces a la semana.

No dice nada, pero sus manos siguen bajando sin tocar el lugar que ha comenzado a vibrar de necesidad.

¿Qué me está pasando? Nunca antes había sido así con un chico.

Bueno, porque este no es un chico, es un hombre en toda regla.

Fabien debe estar en el cuarto piso, si la intuición no me falla.

Sigue bajando hasta que acaricia mis piernas, que cierro por instinto. Después de eso se para a mis pies y se dobla para buscar algo debajo de la camilla en la que estoy echada.

Los estribos, para que suba las piernas.

Aunque esta es mi primera consulta de *este tipo* claro que he ido antes con el ginecólogo. ¿Qué mujer de mi edad no lo ha hecho?

—Voy a subir tus piernas a los estribos para continuar con el examen.

No pide permiso, me informa meramente.

—¿Cuándo fue la última vez que te follaron, Melanie?

La pregunta me deja sin aliento, mis ojos vuelan a su rostro, mientras él está concentrado en acomodar mis piernas sobre los estribos.

—Hace un tiempo —murmuro—. Bastante tiempo.

Un dedo traza la línea de mis pliegues, de verdad estoy mojada, casi vergonzosamente. Cierro los ojos mientras él sigue haciendo lo suyo.

Explorando, sin adentrarse demasiado, no es lo que un doctor haría normalmente, pero tampoco es la caricia de un amante.

Me toca inspeccionándome, desde la abertura de mi vagina hasta más atrás, a donde ningún otro hombre me ha tocado antes.

—Tienes un coño muy bonito, Melanie, me va a gustar mucho jugar con él. Ahora sé buena y mantente quieta y calladita, no hagas que te amarre a la mesa.

Lo dice tan tranquilo, como si estuviera comentando el clima y yo me siento totalmente fuera de mi elemento, él es quien tiene el control. Yo estoy aquí concentrándome en sus caricias y en lo que me hace sentir.

—¿Te la han metido por el culo? —su voz es suave, me ha preguntado en un tono neutral y sin emoción.

—No, no, doctor.

—Ya tendremos tiempo para probar después —dice en el mismo momento que un dedo entra en mí y mi cuerpo le aprieta, actuando por instinto.

—Respondes muy bien —dice—. Vamos a ver qué tal tu punto Gräfenberg.

Dentro de mi cabeza pregunto, ¿qué? Pero antes de que las palabras salgan de mi boca me estremezco con su toque. Ha alcanzado ese lugar dentro de mi canal y lo está tocando con presteza.

Mientras dos dedos entran y salen de mí, su otra mano acaricia mi clítoris, que está punzando de necesidad. Se siente hinchado y caliente.

—¿Sientes eso? Estás a punto de correrte.

No puedo contestar, si abro la boca voy a gritar. Quedarme quieta a estas alturas es imposible.

Gimo y tomo aire por la nariz. Me está llevando al límite. Mis ojos buscan los suyos, que brillan con triunfo, sabe lo que está haciendo.

Por primera vez en mi vida me estoy corriendo y lo voy a hacer con fuerza.

—Aguanta un poco más —me ordena—. Te prometo que valdrá la pena.

Asiento, no tengo otra manera de responder.

Esos dedos siguen atormentándome, cuando no puedo más, me llevo las manos al rostro.

—Joder —digo en el mismo momento que el mundo desaparece a mi alrededor.

—Sí, muéstrame cómo es cuando te corres, Melanie.

El orgasmo me recorre entera, con una fuerza que nunca antes había sentido. Es luz y oscuridad, un relámpago que rompe el silencio y rasga el velo de lo imposible.

—Eres un espectáculo digno de admirar, Melanie —dice y eso me hace abrir los ojos. Él sigue parado en medio de mis piernas, mirándome. Sus dedos se mueven más lentamente, pero no han dejado mi cuerpo—. Estás chorreando, mojando mi mano. Esto no se puede perder, tengo que probarte.

Cierro los ojos y me preparo para lo que viene, pero él me pellizca una pierna, y mi mirada vuela a la suya.

Esos ojos verdes buscan los míos y se ven como un bosque en el que quiero perderme.

Cuando saca su lengua rosada y me lame ahí, en medio de mis piernas abiertas.

—Mírame, mira lo que te estoy haciendo —su cabeza oscura se mueve en medio de mis muslos, su lengua sobre mí, dando vueltas, tentándome. Adorando mi clítoris, que después chupa—. Quiero que aguantes un poco más, quiero disfrutar esto primero.

¿Cómo se supone que voy a hacer eso si me lame así?

Su boca me chupa, sus manos en mis muslos me mantienen quieta en el lugar en el que él mismo me ha puesto. Mi placer crece y mi interior se derrite ante él.

Esto va a ser apoteósico.

—No puedo aguantar más —advierdo, un dedo entra en mí, haciendo la tarea imposible.

Y él no se detiene, sigue torturándome. Mis muslos aprietan su cabeza y mi torso se tensa, preparándose para lo que está por venir.

Caigo hacia atrás, una de mis manos sobre mis ojos, la otra firmemente apretada sobre mi boca. Y explota.

Me corro y me corro duro. Jamás he sentido algo así, nunca antes había sido más intenso, aunque mi imaginación es vívida, esto es nuevo. Saber que él tiene el control, que él es quien me ha hecho volar, su cuerpo sobre el mío, sus labios en mi coño.

Él me sigue besando justo ahí, mientras mi respiración se normaliza y abro los ojos. Me da un último lametazo y luego se levanta. El enorme bulto en sus pantalones no deja dudas, él también está disfrutando esto.

Me ayuda a sentarme, primero bajando mis pies de los estribos.

—Te la voy a meter en la boca, quiero ver qué tanto de mí puedes abarcar.

Sin decir nada más, toma un control y la mesa se mueve, primero queda plana, luego baja hasta llegar a poca distancia del suelo.

—Ponte a gatas —apenas he tenido tiempo de acomodarme, cuando su mano está encargándose de los pantalones que lleva puestos.

Son los típicos azul oscuro que llevan los doctores regularmente en cirugía. Los baja y la mandíbula me cae ante la polla que se yergue frente a mí, larga, gorda y apuntando hacia arriba orgullosa.

—Muy bien —dice, apreciando mis labios abiertos, no pierde ni un momento, con la mano en mi mejilla me la mete hasta el fondo. Casi ahogándome.

De alguna manera sé que no quiero decepcionarlo, así que me rindo a él y lo dejo hacer. Me

siento hermosa y poderosa, recibiendo la atención de este hombre que sabe lo que hace.

Mi cuerpo entero vibra, estoy viva. Puedo sentir.

—Todo lo que puedas, no voy a dejar que te ahogues. Relájate y respira por la nariz.

La tiene tan grande, que por mucho que haga por la labor de relajarme, no hay modo de que me quepa entera. Sin embargo, quiero hacer esto por él. Para él.

—Eso es —me alaba cuando le acaricio las bolas con una de mis manos, mientras la otra se posa en su muslo duro. Tiene el cuerpo como una piedra, este sí que va al gimnasio y lo hace con regularidad.

Debería tomar ejemplo.

Lo sigo chupando con fuerza, haciendo el mejor intento, después de todo el hombre lo merece.

Un silbido sale de su boca y al mismo tiempo una mano se posa en mi cuello, deteniéndome.

—Me quiero correr en tu boca —dice mirándome a los ojos—. Pero esto es para ti, no se trata de lo que yo quiera.

Se aleja, buscando algo más en uno de los cajones, luego regresa a donde yo me encuentro todavía arrodillada en la mesa, me ayuda a levantar y cuando pienso que ha terminado, veo que toma de nuevo el control, haciendo que la superficie acolchada vuelva a estar a la misma altura que hace un rato.

—Súbete —ordena mientras se la jala.

Verle tocándose me resulta tan erótico, quiero hacerlo yo. Pero también sé que ahora no está permitido y que algo más grande está por venir.

—Abre las piernas —me instruye—. Si te quieres quedar sentada y mirar, apóyate en los brazos, lo vas a necesitar.

Atestiguar el momento en el que abre el preservativo, rompiendo la envoltura con los dientes, es un espectáculo.

Se acomoda entre mis piernas y su cuerpo entra en el mío de una sola estocada. No puedo evitar que se me escape un chillido. Y ese mismo se repite una y otra vez.

Estoy segura que alguien ha puesto una aspiradora a succionar todo el oxígeno de aquí. Aún con el preservativo él la tiene tan larga y gorda que siento que toca cada centímetro dentro de mí. Cada vez que me la saca mi cuerpo se aprieta, buscando no dejarle ir.

Tiene el pecho pegado al mío y puedo sentir su calor a través de la tela de la camisa de su uniforme.

Me muerde un hombro justo antes de decir—: No puedo evitar un minuto más para sentir cómo te corres con mi polla dentro de ti.

—Sí, sí, hazme sentir, doctor Benoît —le ruego—. Hazme sentir.

Con una mano acomoda una de mis piernas sobre su hombro, mientras que con la otra vuelve a atormentar mis pezones que están duros y ansiando sus atenciones, su boca está firmemente cerrada como si estuviera aguantándose las ganas de decir algo. Pero sus ojos, sus ojos nunca dejan los míos y en ellos veo lo que su boca calla.

Me muevo bajo su cuerpo desesperada por algo que no sé ni qué es. Esto es diferente a cualquier otra cosa que haya experimentado antes.

—Quiero ver si te puedes correr sin que te toque el clítoris. —¿Y es que lo duda? Me tiene a punto de caramelo—. Si no puedes, no pasa nada, ya veremos la manera de llevarte ahí.

¿Eso es un reto?

Pero es que no necesito más que a él pistoneando en medio de mis piernas para dejarme ir.

—Estoy casi ahí —confieso bajito, con el poco aire que me llega a los pulmones.

—Entonces córrete, Melanie, córrete para mí.



Me muerdo las manos para evitar gritar, porque le haría pensar a todos en el edificio que me están moliendo a palos, y me rompo en mil pedazos. Soy un coche sin frenos corriendo a toda velocidad estampándose contra un muro de ladrillos.

Mi cuerpo se aprieta y le siento hacerse más grande. Él deja escapar un gruñido y su frente cae sobre mi hombro. Se queda ahí un momento mientras su respiración se normaliza.

Después de eso, se levanta y se aleja, tira el condón en un contenedor con tapa que está en la esquina. Se acerca a mí y mira el lío que tengo entre las piernas, estoy mojada como nunca antes y el cuerpo todavía me zumba.

Mete dos dedos de nuevo en mi vagina y luego los chupa, verle me calienta otra vez. Pero sé que esto ha terminado.

Al menos por hoy.

—Te voy a dejar un momento para que te vistas, hay un baño tras esa puerta, si lo necesitas — señala a una puerta de madera al otro extremo de la salita—. Te espero en mi oficina.

Camino con las piernas temblorosas al aseo, ahí hago lo propio, luego busco mi ropa y me la pongo a toda velocidad. Quiero verle de nuevo, aunque sé que sólo quedan unos cuantos minutos antes de que esta aventura termine.

Qué bueno que no me he puesto tacones, pienso al calzarme las manolinas, seguramente estamparía los dientes antes de salir del tocador. Me miro en el espejo y apenas reconozco a la mujer que veo ahí. Tengo el pelo hecho un nido, pero mi piel resplandece, tengo las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

Si fuera enero diría que es mi regalo de día de reyes, más que eso. Un milagro.

—¿Qué me recomienda el doctor? —le digo al encontrarle ahí, sentado en la silla de su mesa, tan guapo y en control como siempre.

Y yo que pensaba que me gustaban los rubios. Si ahora me ponen uno al lado me resultaría desabrido.

—Te veo en una semana, a la misma hora.

Y con eso está arreglado. Le voy a ver de nuevo, ya estoy contando los minutos.

## Capítulo 3

### Melanie

Al salir de la consulta, el edificio está vacío. La chica de la recepción se ha marchado, sólo un guardia de seguridad me espera con la puerta de cristal abierta y la cierra con llave nada más salir.

En la esquina paro un taxi y le doy la dirección de mi casa.

Todo parece como si fuera un sueño, la manera que aún después de ducharme, mi cuerpo sigue zumbando.

Las cosas que dijo.

Las cosas que *me hizo*.

Tengo ganas de meterme las manos entre las piernas y sacarme otro, pero me recuerdo que no se va a sentir igual. No es lo mismo cuando tienes que tomar el asunto en tus propias manos.

Y las tuyas... oscuras, largas y expertas.

No me las puedo sacar de la cabeza. Su lengua entre mis pliegues, su polla...

Estos días se me van a hacer más largos que una semana sin carne.

Mientras estoy en mi cama, mirando las sombras que se dibujan en mi techo llego a la conclusión de que de verdad estoy como una regadera. Loca por completo.

Así, poniéndolo en pocas palabras, me he buscado un *escort*. Sólo que ahora que lo pienso, no hubo intercambio de dinero, al entrar no me han cobrado la tarifa, al salir mucho menos.

¿Eso lo hace mejor?

Estoy como el coño de la Bernarda, ni quién me entienda.

¿Qué voy a hacer?

Mi cuerpo me dice que me deje llevar, que vaya a la siguiente cita y siga experimentando. Hemos firmado un acuerdo de confidencialidad, una copia firmada por ambos está bien guardada en mi bolso.

¿A qué le tengo tanto miedo?

Y esa es la pregunta del millón de dólares. Damas y caballeros.

~ ~ ~

Después de una semana de comerme el coco, decido que sí quiero volver, así que tras salir del cole, me doy tiempo para ir a casa y acicalarme. Por alguna razón, decido ponerme un vestido corto con un buen escote, aunque sé que él no me va a ver y gasto más tiempo que de costumbre rizando mi cabello, el que generalmente llevo liso y recogido. Mi trabajo es demandante, así que no tengo mucho tiempo para andar peinándome en las mañanas.

Decido maquillarme muy poquito, la semana pasada salí hecha un mapache de la consulta. Hoy quiero ir con algo más natural, me he comprado un pintalabios que me resulta muy favorecedor y también me he asegurado que el rímel sea a prueba de agua, por si las moscas.

Al abrir la puerta de cristal que lleva a la recepción, me están sudando de nuevo las manos. Adentro de mí bulle una mezcla de ansiedad y excitación. No tengo idea de qué va a pasar hoy, de

lo único que estoy segura es que va a ser bueno.

Me he encontrado dos veces con Sofia, pero he sido incapaz de admitirle lo que he hecho. Pero ella me ha sonreído como si supiera algo. Temo que soy más transparente que la carcasa de un Tamagotchi, pero qué más da. A lo hecho, pecho.

Al igual que la vez pasada, la enfermera me toma la presión, luego me conduce al consultorio y se va para que me desvista. Estoy sentada en la mesa cuando él entra, tan campante como siempre.

—Hola, Melanie —su voz es tranquila, pero indiferente—. ¿Cómo te sientes?

¿A qué se refiere?

¿Cómo la tengo? La respuesta es, chorreando por él.

Pero que ni pregunte cómo tengo la cabeza, porque esa es un lío.

—No lo sé —respondo siendo sincera.

—Como nuestra primera consulta salió tan bien, voy a implementar medidas adicionales el día de hoy.

Se da la vuelta y se pone a buscar cosas en los cajones del mueble que está pegado a la pared, se las echa a los bolsillos de la bata antes de que pueda ver de qué se trata.

—Levántate y quítate la bata, luego acuéstate como lo hiciste la semana pasada.

Con manos temblorosas hago lo que me ha pedido, un par de minutos más tarde, él está ayudándome a subir las piernas en los estribos.

—Levanta las manos sobre tu cabeza —me instruye al pararse a un lado de la camilla.

Lo hago y no pierde el tiempo, con algo que parece velcro, ata mis muñecas juntas. No las puedo mover. Creedme que he hecho el intento.

—¿Qué coño? —suelto y al mismo tiempo una bofetada suena en mi pierna.

—Firmaste la documentación, Melanie, sabes que al entrar en este consultorio haces lo que yo digo, cuando yo digo —respira hondo—. A menos que quieras que acabemos con esto, puedes marcharte cuando te plazca, pero si te vas, no puedes volver cuando te venga en gana.

Tomo aire, obligándome a tranquilizarme.

—Sí, doctor Benoît.

—Muy bien —contesta, pero sin sonreír.

Una vez se ha asegurado de que tengo los brazos bien inmovilizados, se mueve entre mis piernas, subiéndolas a los estribos y asegurando mis tobillos con velcro a la estructura de metal.

Después de eso, vuelve a plantarse a mi lado y comienza a explorar mis senos. Con cada movimiento de sus dedos, mis pezones se aprietan más. Al terminar con ellos pone el estetoscopio sobre uno de ellos y lo ajusta en sus orejas. El frío en mi pecho desnudo hace que clame por más atención, pero eso es lo único que él hace.

Mi corazón late desbocado y no hay modo de que él no se dé cuenta.

Después de poner el aparatito en varios lugares de mi pecho, lo lame y lo vuelve a poner sobre mi pezón, lo que me hace jadear.

En respuesta, él tira el estetoscopio a un lado y se inclina para chupar mi punta dura. Y lo hace con fuerza.

¡Joder! Estoy ardiendo y apenas acabamos de comenzar.

Casi que tiene media teta adentro de su boca, mientras que mueve la lengua, me arquea queriendo más. Buscando más.

—Te gusta. —Esa no es una pregunta, sabe la respuesta.

—Doctor Benoît —jadeo.

—Tranquila, Melanie —responde—. Apenas vamos empezando y tengo planes para hoy.

Se sienta en el banco en medio de mis piernas, mirando justo ahí, a mi coño abierto y mojado.

Se ha dado cuenta, el hambre que se refleja en sus ojos verdes no me deja la menor duda.

—En la consulta pasada respondiste muy bien a cada uno de mis estímulos, esta vez quiero ver qué tan lejos puedo llevarte.

Saca algo de su bolsillo, pero no tengo idea qué es. Sin embargo, la botella de lubricante que hay a un lado me ofrece una pista. Alguna clase de juguete de esos que nunca me he atrevido a usar por miedo a agravar mi problemilla.

Dos dedos se cuelean en mi interior, los saca pronto y repite el movimiento varias veces. Su pulgar dibuja círculos sobre mi clítoris, toda la anticipación de la semana amenaza con soltarse de una sola vez.

—Todavía no —su voz me detiene y me obligo a obedecer—. Esta es sólo una prueba.

Él sigue estimulándome con su mano, esta vez son tres dedos y estoy llena a tope.

Tras unos minutos más de tortura, los saca y luego siento algo curvo entrar y al mismo tiempo posarse sobre mi clítoris.

—Relájate, esto te va a gustar.

De repente, un sonido llena el espacio, es el juguetito que vibra. Es largo, pero no es tan gordo, se siente bien.

Aunque yo quiero otra cosa.

*Paciencia, valdrá la pena.* Me repito, obligándome a respirar profundo otra vez.

—Debes quedarte quieta —me dice—. No quiero que se caiga.

Cierro los ojos y me dedico a disfrutar de la sensación, mis piernas tiemblan en los estribos.

De repente unos labios húmedos y tibios bajan sobre mi pezón derecho y contengo la respiración. Entre la vibración en mi coño y su boca en mis tetas, no creo que vaya a durar mucho. Esta vez no hay modo de que contenga mis chillidos, tengo las manos bien atadas sobre mi cabeza.

Y quiero más.

Se lo pido.

No hace nada más, sólo se concentra en seguir besándome las tetas.

—Doctor, por favor. —Sí, estoy rogando, no me avergüenza.

—Muy bien —responde y mientras su boca sigue en mis pezones, su mano se desliza por mi cuerpo hasta llegar a mi clítoris, ahí está el aparatito, que sigue vibrando. Pero él lo mueve y son sus dedos los que se encargan de seguirme estimulando.

Me voy a romper, él lo sabe y parece no importarle demasiado.

—Grita todo lo que quieras —dice, como si pudiera leer mis pensamientos—. Nadie puede escucharte.

Y ahí voy, me corro duro. Pienso en los otros tres orgasmos que he recibido de sus manos y no se comparan, cada uno de ellos es diferente.

Con un sonido de succión, suelta mi pezón y se sienta de nuevo en el banco entre mis piernas levantadas y abiertas.

—Voy a comenzar a entrenar este culito que me muero por follar —murmura mientras con un dedo le da vueltas, sin entrar, sólo ahí. Tentándome—. ¿Y tú quieres eso, no es verdad, Melanie?

Dos dedos vuelven a entrar en mí y su boca chupa duro en mi clítoris.

—¿Melanie? —pregunta, ¿cómo pretende que le conteste, si me ha robado el aire?

Esta vez me muerde mi perla del placer y chilló.

—Contéstame.

—Sí, sí, doctor.

—Mira el lío que has hecho aquí, estás chorreando, Melanie. Sería una pena que todo esto se desperdiciara.

Dicho eso se pone a beber de mí como si fuera un hombre sediento y mi vagina fuera un manantial.

Controlado, confiado. Un experto. Eso es lo que es.

Cuando estoy a punto de correrme otra vez, aleja su boca, pero uno de sus dedos entra dando la vuelta, como restregando cada gota de mi placer.

Y ese mismo dedo busca entrada en mi puerta trasera un minuto más tarde.

—Relájate, no te va a doler.

Es cierto, no duele, pero se siente diferente. Prohibido.

No sé cuánto tiempo ha pasado, estoy por explotar de nuevo, cuando él habla.

—Voy a ponerte un tapón, quiero que lo lleves hoy y al terminar te daré instrucciones hasta nuestra próxima cita.

Nuestra próxima cita.

Los días se me van a hacer eternos hasta entonces.

El tapón se siente más pequeño que su dedo, pero es rígido. Me suelta los amarres de velcro en los tobillos y, usando el remoto, ajusta la mesa. Con un movimiento que me deja mareadita, me voltea, dejándome boca abajo, mis tetas adoloridas se frotan contra la manta de algodón que cubre la camilla.

Una palmada resuena, me ha dado en uno de mis cachetes y me ha gustado.

Luego juguetea un poco con el tapón, haciendo que se me pongan los nervios de punta, dudo que tenga una sola célula en el cuerpo que no note su presencia.

Al dejar el juguetito bien asentado en mi culo, se acomoda detrás de mí y me penetra de un solo golpe.

Hasta el fondo.

—Me encanta cómo chorreas cada vez que te follo.

No contesto, no puedo. He perdido el control de mi cuerpo y se lo he entregado en una bandeja de plata. Sus dedos se clavan en mis caderas, en la sala de examen se escucha el eco de nuestras respiraciones y nuestros cuerpos golpeándose el uno al otro.

Es erótico y ensordecedor.

Magnífico.

Con el tapón y estando en esta posición, él se siente más grande, más grueso. Hay menos espacio y está tocándome en lugares que...

—Fabien —grito.

En respuesta una palmada me calienta el culo.

—Doctor, doctor... —me apresuro a decir.

Soy recompensada con un tirón en el pelo, su pecho en mi espalda, sus labios en mi hombro, marcándome con la boca y los dientes.

Me corro, el orgasmo me llega como un resorte que se suelta. Vuelvo a gritar su nombre y en el silencio escucho el mío.

Lo que menos me gusta de nuestros encuentros es lo que viene después de que ha terminado. Él vuelve a ser el mismo hombre distante y yo debo conformarme con eso. En cambio, lo que quiero es arrojarme en sus brazos, descubrir a qué saben sus labios y comenzar todo otra vez.

—La próxima semana voy a salir de la ciudad, el congreso me hará imposible verte el miércoles.

El alma se me sale del cuerpo, ¿se va?

¿Cuándo regresa?

Antes de que mi boca pueda formular la pregunta él agrega—: Te espero el martes a las seis.

Y al decirlo, juro que lo he visto sonreír.  
Mi doctor no es tan duro como aparenta ser.

## Capítulo 4

### Melanie

—Dime qué mierda estás haciendo últimamente que te ves tan bien —chilla Alicia mientras nos acomodamos en una mesa en nuestro restaurante favorito.

Nueva Orleans es una ciudad llena de contrastes, mágica a decir verdad. La música, el ambiente, la gente y la comida. La comida aquí es de lo mejor que he probado alguna vez.

No hay modo de que le confiese a mi mejor amiga en lo que me he metido. Con ella nunca se sabe con qué te va a salir, por una parte puede que me diga que quiere que la lleve a mi próxima cita (de ninguna manera lo haría, mi tiempo con Fabien es sólo mío, no pienso compartirlo) o que me monte un buen pollo, me abofetee y luego me interne en un manicomio.

Así que le cuento lo otro que he estado haciendo en las noches, a única manera que he encontrado de aliviar la tensión y dormir como un lirón.

—Encontré este maestro de yoga en YouTube y estoy siguiendo sus rutinas, cuarenta y cinco minutos todas las noches.

Bueno, al menos eso no es mentira.

—Por muy radiante que te veas, ni loca me pongo a estirarme como un perro en un tapetito tirado en el piso —se ríe—. Yo prefiero salir a correr, por lo menos ves algo diferente, gente, qué se yo. En la sala de tu casa no ves más que los mismos muros que te sabes de memoria.

Me encojo de hombros, ¿qué más le voy a decir?

Como ya he dicho, ni loca le cuento de Fabien, me siento extrañamente posesiva de él, aunque sé que no tengo ningún derecho. Pero es mío, aunque sea en ese limitado tiempo una vez por semana.

—Si no te conociera mejor, diría que estás saliendo con alguien —dice, mientras me mira fijamente—. O al menos echando un kiki.

Las dos nos reímos hasta que nos duele la barriga.

—No, no estoy saliendo con nadie —le digo cuando termino de agarrar aire, la veo abrir la boca para decir algo más, pero la callo agregando—. Ni echando polvos a diestra y siniestra, nada de eso.

Ahora sí que le he mentado, sí, estoy teniendo sexo, pero no de la manera tradicional. Y como la conozco bien, mejor me lo guardo.

—El ejercicio está funcionando bien, la verdad es que me siento con nuevas fuerzas.

—¿Has comenzado a perder peso? Yo tengo estos rolletes aquí de los que no he podido deshacerme.

La miro, la miro bien. ¿Es que se ha vuelto loca? Alicia no tiene ni un rollete por ningún lado. El efecto magdalena, con las carnes colgando por encima de la cinturilla de su pantalón jamás ha tocado el cuerpo de mi amiga.

Lo dije antes, tiene una figura que puede parar el tráfico.

—No sé qué me pasa últimamente —confiesa mientras sigue mirando el menú—. Tú sabes lo que quiero, pero un rollo de una noche no va a dármelo.

—No entiendo por qué se te están yendo las cabras por ese lado, eres joven, Alicia. Tal vez el hombre indicado, el padre de ese hijo que quieres está por ahí esperando por ti.

—Como el príncipe azul —suspira.

—Exactamente —respondo, agarrándola de la mano.

—El problema —agrega ella sin levantar la vista—, es que hay que besar muchos sapos para encontrarlo y yo me estoy aburriendo.

—Te estás impacientando —la corrijo, porque esa es la verdad.

—Cierto —admite—, mejor vamos a pedir algo, que me están chillando las tripas, después de aquí podemos a ir por unas birras en un lugarcito que conozco unas calles más abajo.

—Eso suena como un plan —le digo levantando la mano para llamar al mesero.

~~~~

El sábado mientras reviso trabajos de mis alumnos y planeo las lecciones de la siguiente semana, se me ocurre una idea. Si él se va a ir de viaje, quiero que se lleve algo de mí con él.

A pesar de que no tengo la menor idea de para dónde va, saber que algo de mí acompaña su viaje, me calienta el corazón.

El domingo, salgo temprano a recorrer las tiendas y, con todo lo necesario en mano, vuelvo a casa lista para poner en marcha mi plan.

Tengo poco tiempo y esto tiene que quedar bien, así que paso la noche del lunes en vela terminando con mi proyecto.

Nuestra cita del martes comienza como todas las demás, sin embargo, y aunque él no lo sabe hay algo diferente hoy. Mi bolsa de mano está aquí debajo de la mesa y dentro hay algo para él. Para su viaje.

—¿Estás cogiendo con alguien más?

Su pregunta me desequilibra y me roba el aliento.

—No quiero a nadie más —le digo con sinceridad.

Esa es la verdad y se me ha salido antes de que pueda contestarlo.

—Melanie —dice mi nombre como si fuera una maldición y una advertencia al mismo tiempo.

Sé que esto no es una relación, sé que no debería sentir esto que siento por él, que probablemente sea el hecho de que está como un tren, sea maduro, confiado y que, aparte de todo, es el único hombre que me ha hecho correr. No me importa.

Lo que siento es lo que siento.

—No conozco mucha gente en la ciudad, vine aquí por insistencia de mi amiga Alicia tras terminar una relación desastrosa que duró poco más de tres años. Mi ex me puso los cuernos, tan grandes como los de un reno. Así que no, no tengo ganas de liarme con cualquiera.

Fabien no dice nada, sé que lo que le he dicho ha sido demasiado personal, íntimo.

Me da miedo que me mande a ir a por viento fresco.

En lugar de eso, me pide que me levante y voltee la bata, para que la abertura quede por la parte de atrás.

—Quiero probar algo nuevo hoy.

Sin decir nada, me levanto de la mesa y me quito la bata para hacer lo que me ha pedido. Cuando estoy a punto de vestirme otra vez, sus dedos tibios tocan mi espalda. Con uno de ellos recorre mi espalda, me paro más derecha, mientras un escalofrío me recorre entera.

La piel se me ha puesto de gallina y él se ha dado cuenta, porque ha soltado una suave carcajada. Con sus manos mueve mi cabello sobre mi hombro, dejando mi espalda al descubierto, la que acaricia de arriba abajo despacio y con ternura.

Me estremezco otra vez, mil palabras se están diciendo en silencio.



Le estoy diciendo que espero que le vaya bien y que regrese pronto.

Le estoy diciendo que espero que me extrañe, que piense en mí.

Le estoy diciendo que desearía que me llamara por las noches, que pudiera escuchar el sonido de su voz en mi habitación a oscuras, deseando que él estuviera ahí conmigo.

Sus labios tocan mi piel desnuda, tomándome por sorpresa. No sé qué decir ni qué hacer ante la intimidad de su caricia. No es lo mismo que ha hecho en mis pechos o en mi coño otras veces.

Fabien recorre mi piel con la boca abierta, sacando un poco la lengua, dejando un rastro húmedo y caliente por mi piel.

Se me encoje el corazón.

Y mi vagina se humedece, preparándose para él.

Con cuidado, me sienta en la camilla y sigue besando mi espalda desnuda. Tengo que apoyarme con los brazos, porque estoy a punto de colapsar.

Esto es distinto a lo que hemos hecho las otras veces y, sin embargo, me excita. Aunque de una manera distinta.

—Necesito tocarte —dice después de un rato. Joder, yo también necesito que lo haga.

Que me toque y que me retoque.

Se levanta de donde había estado, a mi espalda, rodea la mesa y se acomoda en el banco, en medio de mis piernas. Sin aviso, levanta la bata, abre mis muslos y me penetra con dos dedos.

—¿Te gusta eso? —murmura, su voz más ronca que otras veces—. No dejes de mirar, mira cómo hago que se moje y se corra ese coñito que es sólo mío.

Aunque quisiera no puedo mirar para otro lado.

Sigue follándome con los dedos, con tres, hasta que me tiene temblando y a punto de correrme. Entonces baja la cabeza y me lame. Una explosión de colores resplandece frente a mis ojos, tomo su cabeza entre mis manos y me balanceo contra su rostro, quiero más, que me siga dando lo que sólo él puede.

Nadie más.

A pesar de que hoy lleva la bata cerrada, sobre unos pantalones de vestir y una camisa de mangas largas y una corbata, puedo ver la erección tensar sus pantalones.

—Levántate, quiero que camines hasta aquella pared —me indica con la mano la pared frente a la que está el mueble con muchos cajoncitos del que suele sacar sus sorpresas—. Y vuelve aquí, quiero ver tu postura.

Es una petición bastante extraña, pero si a eso vamos, toda esta situación lo es. Camino con piernas temblorosas y con mi humedad corriendo por la cara interna de mis muslos.

Al volver, él está ahí, esperándome con los ojos llenos de deseo.

—Quiero que te dobles y te toques las puntas de los dedos de los pies, si puedes.

Hago lo que me ha pedido, mis dedos tocando el suelo de madera. Gracias al yoga tengo bastante elasticidad, casi puedo poner las palmas sin mayor esfuerzo.

Las manos de Fabien se deslizan por mi espalda, hasta aterrizar en uno de los cachetes de mi culo. Esta posición es al mismo tiempo prometedor y humillante, tengo el culo al aire, la bata poco hace por taparme y, en todo caso, sus manos no lo permitirían.

Dos dedos entran en mí, haciéndome jadear, estoy tan mojada que lo hacen sin mayor problema. Busco aire, porque no me llega a los pulmones, Fabien se ha dado cuenta y, tomándome por el hombro, me ayuda a levantarme, hasta que quedo con los codos apoyados en la camilla frente a nosotros.

—Quiero que te agarres bien —me ordena—, que si sientes que las piernas no te sostienen, me avises, ¿puedes hacer eso?

—Sí, sí puedo —suenan las cachetadas y no sé si sonreír o gemir. Había extrañado sus manos en mi piel—. Doctor.

Su dedo me toca donde nadie más lo ha hecho, sin entrar, sólo tocándome ahí. Incitándome, echándole leños al fuego que arde dentro de mí.

Escucho una botella abrirse, luego líquido tibio cae en mi hendidura, Fabien me masajea con cuidado, esparciendo el lubricante meticulosamente. Estoy preparándome para la entrada del tapón, seguramente uno de mayor tamaño que el de la otra vez, cuando siento la punta redondeada de su polla abrirse camino.

Se siente extraño, diferente. Y quiero más.

No duele, pero la sensación es diferente.

—¿Te gusta? Tu cuerpo dice que sí, Melanie.

Asiento con la cabeza, pero las palabras no salen de mi boca. Fabien tira de mi cabello, haciendo que doble la espalda y levante la cabeza.

—Quiero escucharte decirlo, Melanie —me ordena, su boca justo al lado de mi oreja—. Dime que te gusta.

—Todo lo que me haces me gusta —le contesto entre jadeos, puntualizando cada palabra en medio de bocanadas de aire.

Él sigue empujando dentro de mí, con cada investida me hace ver estrellitas, fuegos artificiales como esos del día de la independencia.

—Si no te corres pronto, te voy a dejar atrás y se supone que esto es para ti —me dice jadeando, no tiene de qué preocuparse, estoy al límite. Sólo estaba esperando por su señal.

Su mano derecha suelta mi cadera y viaja hasta en medio de mis piernas, enterrándose en mi coño mojado, mientras me sigue follando el culo.

—Quiero que te corras así, siente cómo te estoy llenando, Melanie. Cómo tu cuerpo se abre para recibir al mío.

Es increíble, la sensación es abrumadora. Él está en todas partes, su mano en mi cabello, su polla en mi entrada trasera mientras me llena con sus dedos. Mi piel se siente en llamas.

Cierro los ojos y me dejo llevar.

—Doc... tor... —gimo justo antes de dejarme ir, colapsando sobre la mesa que, afortunadamente, está frente a mí.

Mirándole por encima de mi hombro, lo escucho gruñir mi nombre cuando se corre, dejándose caer, su pecho cubierto por las capas de tela contra mi espalda desnuda.

Nuestras bocas están a pocos milímetros, nuestros alientos mezclándose, pero ninguno de los dos se decide a dar el siguiente paso.

Fabien se levanta, dejándome ahí sobre la mesa.

Se dirige al baño y tras salir, simplemente dice—: Te espero en mi oficina.

Hemos vuelto a la rutina, la misma forma de hacerme saber que nuestro tiempo se ha agotado.

Lo que no sabe es que le he preparado una sorpresa.

—Te voy a dejar tarea para nuestra próxima cita —me dice al darse cuenta de que he vuelto a la oficina, pero no me está mirando, tiene los ojos fijos en una bolsa de terciopelo negro que lleva entre las manos—. Es un tapón y unas bolas Ben-Wa. Sabes a dónde va el tapón, y las bolas van en tu vagina. Quiero que para nuestra próxima cita las traigas puestas.

Vaya, yo que pensaba sorprenderle. Ahora quien tiene la quijada en el suelo soy yo.

—¿Cuándo será eso? —Le pregunto sin aire, en parte por lo que me ha ordenado hacer, en parte porque quiero saber cuándo vuelve.

Internamente estoy cruzando los dedos, pidiéndole al universo que sea pronto. Que él vuelva

pronto a mí.

—Estaré de regreso el lunes, mi vuelo llega en la tarde. No tengo otros pacientes agendados para ese día. Sólo tú.

La forma en la que ha dicho esas palabras me pone la piel de gallina, quiero rodear la mesa y besarle. Pero también sé que eso no está permitido.

—Nos vemos el lunes entonces.

Se está despidiendo, después de eso ninguno de los dos dice nada, nos quedamos ahí, dejando que nuestras miradas fijas en los ojos del otro llenen el vacío.

Hasta que me armo de valor y tomo el regalo que le he preparado.

Está envuelto en una sencilla bolsa de papel reciclable, por fuera no es nada especial.

—Esto es para ti —le digo dejando el paquete sobre la superficie de fina madera pulida—. Para que me recuerdes mientras estás lejos. Buen viaje, doctor Benoît.

Y sin darle la oportunidad de responder, me doy la vuelta, saliendo del consultorio a toda velocidad.

## Capítulo 5

### Melanie

Un mes. Hace un mes comenzamos con nuestras “citas”. Apenas puedo creerlo. Hoy estoy emocionada al saber que está aquí, de donde quiera que sea que haya vuelto. De saber que no va a recibir a otros pacientes el día de hoy y que voy a obtener respuesta a la sorpresa que dejé sobre el escritorio la semana pasada.

Hoy he prestado especial cuidado a mi arreglo, me he puesto un vestido corto color granate, unos tacones *nude* y he dejado mi cabello en suaves ondas acariciando mi espalda. La ropa interior que llevo resalta mis lolas y me he puesto un pintalabios que espero quiera ver embarrado sobre su polla. Espero que hoy se desnude, antes no lo he podido ver, él sólo se deshace de las prendas necesarias, pero hoy quiero algo más.

No sé si es por haber hecho lo que me pidió. Los dos juguetitos están bien metidos donde me dijo que los pusiera, mientras el taxi se movía por las calles de Nueva Orleans, esquivando el tráfico, mi expectación crecía. Así como mi excitación.

Es un milagro que no esté chorreando, las braguitas de encaje negro que llevo puestas no hacen mucho por la labor.

Al llegar a la puerta del edificio que alberga los consultorios miro con atención los nombres de los médicos ahí enlistados. El nombre junto al consultorio 4 está vacío. Y ninguno de los otros doctores tiene Benoît por apellido.

Puede que sea un recién llegado como yo.

Puede que haya vuelto a la ciudad para estar con su familia.

¿Qué voy a saber yo si no sé nada de él?

Eso me inquieta, me estoy apegando a un hombre que no me ha ofrecido más que orgasmos. Los mejores de mi vida, eso sí. Pero nada más que eso.

La enfermera sigue la misma rutina de siempre, sin embargo, esta vez no entra al consultorio, simplemente abre la puerta permitiéndome pasar y es todo.

La miro marcharse con el ceño fruncido y al darme la vuelta, apenas puedo creer lo que está ahí esperando por mí.

—Hola, Melanie —me saluda una voz ronca, mientras dos ojos verdes me escanean de arriba abajo.

Me doy gusto haciendo lo mismo. Esta vez mi doctor Benoît lleva su uniforme azul oscuro y debajo una camiseta blanca de manga corta. Puedo ver las líneas de los músculos de sus brazos, que lleva cruzados sobre el pecho, lo gruesas que son sus muñecas y sus manos.

En esos labios gruesos se dibuja una pequeña sonrisa.

Me siento como una cría cuando han venido los reyes a casa, quiero desenvolver mi regalo como un bombón, pero estoy segura que aquí quien está a punto de perder la envoltura soy yo.

—Desvístete. —Ahí está, lo sabía.

—¿Aquí? —le pregunto sin hacer el amago de moverme, es que las piernas no me dan—. Siempre lo hago en aquel cuartito.

—Aquí —responde sin dejar de mirarme.

Esos ojos son tan intensos, madre mía, si me desmayo aquí llamad a emergencias. Mejor no, ya tengo toda la atención que quiero.

—Estoy esperando —me advierte—. No quiero empezar poniéndote el culo rojo.

¿Por qué la idea me gusta tanto?

¿En qué diantres me estoy convirtiendo?

Mis manos se mueven solas, esto se siente cada vez más real. Cuando el vestido ha pasado de mi cintura, le escucho sisear, me arriesgo a mirarlo, y él está ahí con la mandíbula apretada y los brazos extendidos a cada lado de su cuerpo, agarrándose de su mesa de trabajo.

—Te ves como un sueño húmedo, Melanie —me dice cuando arrojo mi vestido al suelo—. Pero quiero verlo todo, muéstrame lo que es mío.

Mi interior se aprieta, haciendo que el tapón se mueva y las mentadas bolitas chinas hagan lo mismo. Estoy a punto de colapsar, no me ha tocado y ya me tiene donde quiere.

Me hace una seña con la cabeza, instándome a continuar. Me deshago del sujetador, arrojándolo sobre el vestido. Y me estremezco de nuevo, no es por el frío, mis pezones están como para tallar brillantes, ansiosos por recibir sus atenciones.

En el momento que alcanzo la banda elástica de mis braguitas, él me hace una señal con la mano para que me detenga.

—Yo me haré cargo de eso —dice—. Ven aquí.

Camino hacia donde está con las rodillas temblorosas, es un puritito milagro que no me haya dado en la crisma con estos taconazos que llevo puestos. Lo que veo en sus ojos hace que todo valga la pena.

La luz de su oficina está apagada, sin embargo, el espacio está tenuemente iluminado por la luz que viene desde la sala de examen. Ahí se puede ver la mesa en la que siempre me subo, esperando por mí.

Sus manos tibias me agarran por la cintura, se deslizan por mi espalda hasta agarrar con fuerza la delgada tira de la parte trasera de mi ropa interior. Tira de ella y yo jadeo el muy cabrón lo está haciendo a propósito. Tira tanto que creo que me voy a partir en dos.

—¿Olvidaste tu lugar, Melanie, olvidaste quién manda aquí?

Cuando abro la boca para contestarle no puedo hacerlo, sólo un chillido sale de ella, él me da la vuelta, jala el encaje hacia abajo y de inmediato se pone a indagar si he cumplido con mi parte.

—Muy bien —me alaba—. Ahora súbete a la mesa.

De nuevo son sus manos las que me guían, ayudándome a levantarme sobre el borde de la madera fría.

—Esos se quedan dónde están —dice al darse cuenta que me voy a sacar los zapatos—. Abre.

Sube mis pies hasta el borde del escritorio.

—Recuéstate. —me pide y eso hago, dejándome caer sobre la superficie pulida.

Me relajo, dejándole hacer.

Sin más aviso, mete dos dedos en mi húmedo canal hasta el fondo. Tirando de la cinta de las bolas de metal y volviéndolas a meter.

Madre mía, me estoy quemando viva.

Después con la otra mano le da unos cuantos toquecitos al tapón, haciendo que se mueva.

—Estás chorreando, tengo la mano empapada —dice y en respuesta jadeo. Tengo la garganta seca.

Con los ojos abiertos como platos, veo como baja la cabeza, saca la lengua y me da el primer lametazo, *sí, sí, que siga. Estoy a cien, me voy a correr en un par de segundos.* Pero el canalla parece tener otras ideas, cuando ha bromeado conmigo lo suficiente, se levanta y me mira con una sonrisa malévolamente curvando esos labios.

Toma algo del bolsillo del pantalón y se lo lleva a la boca, secándosela.

Maldita sea, es el pañuelo que le di. Un cuadrado del lino más fino que encontré y que he bordado yo misma con sus iniciales. FB. Luego, lleva ese mismo trozo de tela entre mis piernas y me seca con él.

—Ahí está, ahora va a oler a ti.

Sus sucias palabras hacen que una corriente eléctrica me recorra por entero. Cuando estaba bordando el pañuelo pensé en ponerle un poco de mi perfume, pero me detuve en el último momento, pensando en que sería demasiado.

No hemos llegado ahí todavía.

Ahora va a oler a mí, a mi excitación. *Joder*.

Después me toma de la mano, ayudándome a levantar.

—Ven conmigo, te tengo una sorpresa. —Maldición, para eso no me he preparado—. Tendrás que ser buena y hacer todo lo que yo digo. Hoy no vamos a estar solos.

Vaya, se me ha cortado la respiración.

Con la mano en la parte baja de mi espalda, me guía hasta la sala de examen, donde un hombre está esperando por nosotros vestido de manera similar. Un uniforme azul oscuro, sin camiseta por debajo. Es rubio, alto y más fornido que Fabien. Tiene los ojos muy azules y el cabello un poco largo.

—Melanie, te presento al doctor Mikhail Durok, él me va a asistir hoy en tu diagnóstico. —Tengo que cerrar bien la boca para evitar reírme, el doctor Durok. Sí, dura se va a poner la cosa por aquí con estos dos—. Doctor Durok, ella es Melanie, ella me pertenece.

Joder si esas palabras no me llenan de satisfacción y hacen que mi espalda se ponga más recta, esperando llenarle de orgullo.

Le pertenezco.

Y soy suya para compartir.

—Es necesario que firmes la documentación para Mikhail —dice pasándome un portapapeles—. Después de eso vamos a comenzar con el examen como la primera vez.

La voz de mi doctor Benoît se desvanece mientras pienso en las posibilidades. Estoy aquí y ellos son dos. ¿Serán pareja?

¿Es mi doctor Benoît bisexual?

No es que tenga nada de malo, vivimos en el siglo XXI y nuestra relación es de todo menos convencional, pero me intriga.

¿Seré yo quien tenga que compartirlo?

Tras recibir la documentación firmada ambos se retiran a la parte más alejada de la habitación, ahí, en voz baja se dicen unas cuantas cosas. Los miro curiosa por lo que va a pasar hoy, nuestras visitas se han ido relajando en su estructura, tornándose cada vez más intensas, también me he estado cuestionando si debo o no seguir viniendo.

Mi corazón se ha puesto en línea para la batalla, en conflicto con mi cabeza.

Trato de quedarme quieta, pues entre los juguetitos que llevo dentro y lo que estoy sintiendo, me estoy poniendo de verdad incómoda.

—Espero estés lista —me dice mi doctor cuando ambos se plantan a ambos lados de la camilla.

Después de darme un toquecito suave en el hombro, tan delicado como la caricia de una pluma, Fabien se sienta en el banquito en medio de mis piernas. Mikhail se queda a mi lado, apoyándose en la pared a su espalda.

Como las otras veces, Fabien me ayuda a subir los pies a los estribos, abriendo mis piernas, generalmente estoy relajada al estar aquí con él, pero esta vez hay otro hombre que no me ha

quitado el ojo de encima.

—Melanie practica yoga con regularidad, por lo que tiene magnífica flexibilidad —dice mientras abre más mis piernas, dejándome expuesta para los dos.

Por el rabillo del ojo veo que Mikhail se ha concentrado en la unión de mis muslos, uno de sus brazos sigue a su espalda, mientras que su otra mano cuelga de la cinturilla del pantalón de su uniforme. El gesto me parece bastante sexual, como si estuviera ordenándole a su polla mantenerse quieta, al menos por un rato.

Tras eso, Fabien comienza con su examen, primero en mis hombros, masajeando mis clavículas y luego bajando a mis pechos doloridos. Dejo salir el aire quedándome quieta, luego le hace un gesto con la cabeza a Mikhail para que tome parte en la acción. Entre los dos me van a tocar, pero lo hace cada quien de manera diferente.

Fabien es más suave, pero su toque sigue siendo firme y diestro. Por el contrario, las manos de Mikhail se mueven más rápido y son callosas, aunque más largas y delgadas que las de Fabien.

Me está gustando, bastante, ver a dos machotes como ellos, dedicados a hacerme sentir bien es lo más.

—Doctor Durok, quiero que evalúes la capacidad de excitación de Melanie.

—Con gusto, doctor Benoît —contesta con una sonrisa maliciosa, el hombre es guapísimo. Pero no tiene lo que le sobra a mi doctor.

—Examínala con libertad, quiero que me describas detalladamente lo que opinas.

Un dedo presiona mi clítoris, lo que causa que mi vagina se apriete. Mikhail se sienta sobre el banco en medio de mis piernas, su atención centrada en mi chocho abierto de par en par.

—Veo que te has encargado de prepararla —le dice a Fabien, pero sus ojos siguen fijos en mi centro húmedo—. Ya nos encargaremos de evaluar su respuesta al estímulo constante más tarde.

Sus dedos van a mis labios más íntimos, abriéndolos como si de una flor se tratasen.

—Estás extremadamente húmeda, Melanie. ¿Esto te sucede con regularidad?

—Sí. —Entonces siento las manos de Fabien apretarse sobre mis pezones adoloridos—. Sí, sí, doctor.

—¿Qué tan seguido te follan? —Fabien cierra los ojos por un segundo, como si presintiera que voy a decir algo que no debería.

—Esto... sólo cuando vengo aquí.

—Ya veo —responde. Su voz es gruesa y amable, con un toque travieso. No es tan profesional y distante como lo fue Fabien al principio y eso me gusta.

—Voy a hacer algunas pruebas, Melanie —me dice—, espero que las disfrutes.

Con el pulgar comienza a apretar y a dar vueltas sobre mi clítoris, mi espalda se tensa. He estado anticipando este día por toda una semana, llevo los juguetitos que Fabien me dio desde hace un par de horas y ahora tengo la atención de ellos dos enfocada en mí.

¿Qué más tengo que aguantar para correrme?

—Ella puede con más, doctor Durok —le dice Fabien, así que él cambia el juego, mientras con una mano sigue estimulando mi nudo de nervios, con la otra juguetea con el tapón que está bien insertado en mi culo.

Mis caderas se mueven por instinto, estoy que me corro, sólo espero por las palabras de Fabien. Las necesito.

—Dale más, Mikhail —le instruye Fabien y en ese mismo momento el rubio baja la cabeza entre mis piernas y me chupa.

Me arqueo buscando más atención, Mikhail es más vigoroso que Fabien. Me encanta la forma en que lo hace. Y mientras él se ocupa de mi centro, mi doctor Benoît se mete uno de mis pezones

a la boca. Lo chupa, lo muerde, lo lame. Estoy sobrecogida ante las sensaciones, no sé a qué darle prioridad. Mi piel está en llamas, el orgasmo está por llegarme y no hay fuerza que lo detenga.

—Ha sido una buena chica —le informa Fabien—, ahora haz que se corra.

Bien podría haberle dicho que me bañara en gasolina y que luego me arrojase un cerillo, dos bocas sobre mi cuerpo me hacen arder. Veo de nuevo aparecer el universo entero frente a mis ojos mientras muevo la cadera y arqueo la espalda buscando más fricción.

Mikhail es menos demandante que Fabien, me deja retorcerme contra su boca hambrienta, sintiendo el cosquilleo de su barbita.

—¿A qué sabe? —Le pregunta Fabien.

—A regaliz —le contesta, levantándose del banco, inmediatamente se ocupa de bajar mis pies de los estribos, ayudándome a sentar sobre la mesa de examen.

—Ven conmigo —me indica Fabien, guiándome con una mano a mi espalda hasta una otomana que está en medio de dos sillas.

Vaya, esto es nuevo.

—Ponte a cuatro patas ahí —me instruye—, agrádecele al doctor Durok por darte un orgasmo.

*Al doctor Durok no, a ti. Eres tú*, quiero decirle. Pero algo dentro de mi cabeza me obliga a permanecer callada. Así que asiento en silencio y hago lo que me pide.

Durok se baja el pantalón antes de dejarse caer sobre la silla, abro la boca, preparándome para darle la mamada de su vida. Él se mueve, poniéndose más cerca, pues la distancia entre la otomana y la silla hace todo complicado.

Un par de minutos más tarde, hay movimiento detrás de mí, la boca de Fabien llega a mi centro mojado. Noto la diferencia al instante, él es más suave, pero también más insistente. Me conoce mejor, sabe lo que debe hacer para excitarme, mientras que mi boca sube y baja sobre la polla de Mikhail. Esta no es tan gorda como la de Fabien, pero es larga, tanto que debo relajarme y respirar por la nariz para poderlo llevar hasta el fondo.

—No me quiero correr todavía —me dice el doctor Durok, tirando de mi cabello, haciendo que su polla, mojada con mi saliva, salga de mi boca—. Cuando lo haga, quiero estar dentro de ti.

—Espera a que la pruebes —le contesta Fabien, mientras yo me quedo quieta, esperando por su siguiente movimiento—. Se siente como el cielo.

—Preparémosla para ello.

Dejo caer la cabeza y me apoyo sobre mis codos, buscando tener mejor equilibrio. Esta posición no es fácil de mantener cuando te están estimulando por ambos frentes, crédmelo.

Sin embargo, no tengo mucho tiempo para descansar, las manos de Fabien se cuelan dentro de los mechones rubios de mi cabello, tirando de mi cabeza, levantándome para que le tome con mi boca.

Lo miro mientras lo tomo hasta el fondo, sus ojos verdes brillan llenos de morbo. Adoro su polla con mi lengua y le escucho gemir mi nombre, pero es mi turno de jadear al sentir que Mikhail tira del tapón y las bolas al mismo tiempo.

—¡Bendito!

Antes de que pueda procesar la sensación de vacío, escucho el empaque metálico rasgarse y tras unos segundos una polla larga me penetra hasta el fondo de golpe.

—Deberías verte —me dice, inclinándose, acercando su rostro al mío. Nuestros labios apenas a unos cuantos centímetros. Su mano todavía tirando de mi cabello con fuerza—. Te ves preciosa.

Y así me siento. Más que eso, me siento poderosa. Dos hombres guapísimos se están concentrando en mi placer. Sólo en mí.

Es increíble.



Se escucha a Durok gemir, mientras entra y sale de mi cuerpo, estoy a punto de correrme de nuevo cuando Fabien lo detiene.

—No pierdas de vista nuestros planes.

Dicho esto, entre ambos me llevan hasta la mesa de examen donde se encargan de acomodarme echada boca arriba, de subir mis piernas otra vez en los estribos y atar mis manos sobre mi cabeza.

—¿Qué me van a hacer? —pregunto mirando a mi doctor Benoît.

—Lo que me plazca —dice, asintiendo hacia dónde está Durok, quien se ha dejado caer sobre el banco y está llenando su mano derecha de lubricante—. El doctor Durok es un especialista, me va a ayudar a evaluar la elasticidad de tu vagina.

¿Mi qué?

—No te preocupes, Melanie —interviene Mikhail—, puede ser un poco incómodo al principio, pero ambos nos aseguraremos de que lo disfrutes.

Fabien tira de otro banquillo, acomodándose a mi lado, muy cerca de mí.

Las manos de Mikhail se encargan de mi cuerpo, dos dedos entrando y saliendo mientras que su otra mano se mueve sobre mi clítoris hinchado.

Él sigue entrando, presionando en mi cuerpo, llevándome más alto.

—¿Me puedo correr? —pregunto, mis ojos en Fabien, rogándole.

—Todavía no —me dice, llevando su boca a mi costado, que chupa con insistencia, dejándome una marca.

—Relájate, Melanie —es la voz de Mikhail, instándome a hacerlo—. Ahora viene la parte dura.

Siento presión, mucha presión. ¿Qué coño me está haciendo?

Chillo, ¿qué diablos me está metiendo? Me remuevo, pero las manos de Fabien sobre mi torso me mantienen en mi lugar. Duele, pero pronto pasa, sobre todo porque la boca de mi doctor Benoît está en mis pezones, haciendo que me olvide de hasta cómo me llamo.

—Levántala para que mire —le dice a Fabien, quien de inmediato le pica a uno de los botoncitos del remoto, haciendo que mi espalda se levante.

No es como que esté completamente sentada, pero el ángulo es suficiente para ver lo que está pasando.

Mikhail Durok tiene su mano metida en mi vagina. Tiene su mano metida en mi vagina.

Y se siente tan bien. Quiero decir, duele un poquito, pero la sensación se dispersa y se convierte en... y cuando la mueve.

—Córrete, Melanie —me dice Mikhail, pero yo ya he empezado, no hay quien detenga a esta avalancha—. Tan duro como puedas.

La habitación se vuelve blanca, todo a mi alrededor desaparece. Un grito mudo sale de mi garganta, creo que he perdido la voz.

Los escucho hablar, mientras me sueltan.

—¿A dónde te fuiste? —me pregunta Fabien sonriendo, pequeñas arruguitas se forman alrededor de sus ojos verdes. Madre mía, sería tan fácil enamorarme de él. Y tan estúpido.

—Hola —le digo al devolverle la sonrisa con timidez—. Eso fue intenso.

Su sonrisa se hace más grande, tiene los dientes blancos y derechos, debería hacerlo con más regularidad. Se ve guapísimo.

—Espero que hayas disfrutado de eso —dice todavía sonriendo—, primero fue todo para ti. Ahora es nuestro turno.

Abro la boca para preguntar de qué rayos están hablando, pero antes de que pueda hacerlo, ya

Fabien se está posicionando detrás de mí, mientras que Mikhail se pone frente a la camilla, a mis pies.

—Levántala —le dice Fabien a su compañero, de inmediato lo hace.

Un poco después con las manos de ambos alrededor de mi torso, me bajan sobre la polla dura de Fabien, sólo que esta vez no es para entrar en mi vagina sino...

*Madre mía.*

Estoy comenzando a entender sus planes, los dos al mismo tiempo dentro de mí.

*No voy a poder, no voy a poder. Joder, que no voy a poder.*

—Relájate, Melanie —susurra Fabien con la boca muy cerca de mi oreja, sentirlo me pone la piel de gallina.

Me obligo a respirar y lo cojo por las manos, buscando algo de qué sostenerme, mientras su cuerpo invade al mío hasta que estoy sentada sobre sus muslos.

—No te muevas —dice Mikhail tomando lugar en medio de mis piernas—. Deja que nosotros hagamos el trabajo.

Bueno, ni aunque pudiera me movería.

Me siento tan llena y él sólo me ha metido la proverbial punta.

—¡Joder! —sisea Fabien a mi espalda mientras los dos entran y salen de mi cuerpo, moviéndose en sintonía, uno entra, el otro sale.

Estoy segura que esta no es la primera vez que trabajan en equipo y pensar en eso me oprime el pecho. Sí, estoy celosa y no da vergüenza admitirlo.

Me siento como una muñeca de trapo mientras ellos se mueven a su antojo y una ola de placer se acerca otra vez, me va a tragar entera.

Mikhail se mueve delante de mí, meciéndose e imitando lo que está haciendo Fabien a mi espalda.

—Me voy a correr —grita Mikhail.

—Córrete de nuevo, Melanie —me ordena Fabien.

Nuestros cuerpos se tensan, como fichas de dominó que caen una tras otra. Mis piernas tiemblan, pierdo el control, dejando caer mi cabeza sobre el hombro de Fabien, mientras que él me abraza por la cintura pegando su cuerpo al mío.

Estrellitas multicolores danzan frente a mis ojos y antes de que me dé cuenta estoy colapsando contra su pecho duro, reposando mi cara en su cuello. Escuchándolo jadear en busca de aire.

Siento cuando Mikhail sale de mi cuerpo, pero no me interesa. Se ha terminado, yo lo que quiero es quedarme aquí, entre los brazos de este hombre que me sostiene con fuerza.

Por primera vez él no me ha dejado al terminar, se ha contentado con mover la mano arriba y debajo de mi torso, desde la base de mis pechos hasta mi ombligo y otra vez hacia arriba.

Me estremezco ante las sensaciones, nuestros cuerpos calientes y sudorosos en contraste con el frío de la habitación.

—¿Te ha gustado? —me pregunta tras un rato de silencio.

—No creo que pueda moverme por un par de semanas —le respondo y suelto una breve carcajada—. Mañana debo trabajar con dieciocho chiquillos que seguramente me harán ver mi suerte y te estaré maldiciendo todo el día.

Ahora quien se ríe es él.

—No, preciosa —murmura y después besa mi espalda varias veces—. Mañana, cada vez que te muevas recordarás que me has tenido dentro de ti y estarás deseando que llegue la próxima vez.

## Capítulo 6

### Melanie

Fabien y yo hemos pactado que mi próxima visita será el viernes. Por una parte me alegra que sea tan pronto, por la otra, sigo llena de dudas.

No quiero sentir este tirón que me acerca a él. Sé que es algo físico, vamos, ha sido quien encontró la respuesta a mi problemilla, pero ahora quiero explorar. Descubrir si está todo arreglado, o si es sólo él quien tiene el poder en sus manos.

Apenas puedo mirarle mientras salgo de la oficina, malditos tacones. Me voy a partir la crisma en cualquier momento.

Estoy por doblar la esquina del pasillo cuando me encuentro de frente, nada más y nada menos que con mi amiga Alicia.

Ella me mira con interés, levantando las cejas, mientras camina a mi encuentro.

—¿Qué haces aquí? —Me pregunta.

—Puedo preguntar lo mismo —respondo.

—Vine a una cita con mi ginecóloga —dice como si no fuera nada—. Ya sabes, el mismo asunto de siempre.

—¿Le sigues dando vueltas a eso?

—Sí —contesta—, he decidido llamar al banco de esperma, voy a tomar un donante anónimo.

—Pero es que estás bien loca, como una regadera, se te fueron las cabras al monte y ni quién las encuentre.

—Un marido amoroso solucionaría mi problema, pero de esos no hay —suspira—, ahora dime tú que haces aquí.

—Vine a ver al fisiatra —miento—, me he lastimado la espalda con la yoga y vine a revisión. Ahora debo buscar un buen terapeuta físico, necesito algo de terapia para luego comenzar a entrenar otra vez.

Mi amiga me mira con pesar y enojo, sí, damas y caballeros. Esa es ella.

—Debiste decirme, habría venido contigo sin dudarlo —me reprende.

Escucho pasos a mi espalda y me cuesta mucho no voltear a cotillear. Pero mantengo mi espalda bien erguida.

—Es una lesión ligera, nada de importancia —le digo—, en unos días estaré bien, ahora voy a buscar un buen terapeuta y ya está.

Las cejas de Alicia se fruncen, no está feliz con mi respuesta desenfadada. Los pasos se detienen tras de mí, puedo sentir su presencia incluso antes de verle.

—Disculpad la intromisión —dice una voz masculina que he aprendido a conocer bien—. No he podido evitar escuchar que usted necesita un buen terapeuta físico.

*¿Y ahora qué?, ¿por qué se me tuvo que dar por decir eso específicamente?*

—Conozco uno excelente que, casualmente, hace visitas a domicilio. —Extiende la mano con una tarjeta para que la reciba.

Hago lo propio, mirándole con los ojos abiertos de par en par.

—Gracias —casi me atoro al decirlo, antes de deslizar la tarjeta en mi bolso.

Mikhail está a su lado, me mira, pero no dice nada. Unos segundos más tarde, Fabien hace un movimiento con la cabeza y ambos siguen su camino.

—Que tengáis buena noche, señoritas.

—Usted también —Alicia y yo decimos al mismo tiempo, viéndolos salir del edificio mientras hablan de algo que no alcanzamos a escuchar.

—Vaya —dice mi amiga, gracias a Dios parece no reconocer a Fabien—. Yo también necesito una recomendación, ¿sabrá dónde encontrar un portento que quiera ser el padre de mi hijo nonato?

—Lo dicho, estás como una regadera.

Riendo, salimos del edificio, compartimos un taxi de vuelta a casa.

~~~~

Necesito cogerme un descanso.

En eso es lo único en lo que puedo pensar los días siguientes. Cuando llega el viernes, estoy en mi cama mirando al techo, no he podido pegar el ojo en toda la noche. Unos días sin sexo me caerán bien.

No sé si eso sea del todo cierto, porque me pica la piel ansiando más. Tal vez lo que necesite sea alguien más en quién concentrar mi atención, salir de copas o a cenar con un chico que haya conocido en un ambiente normal y que pueda establecer una relación.

Quisiera que ese hombre fuera Fabien, pero también sé que ese es un sueño imposible. Tal vez debería decirle que sí al tío de uno de mis alumnos, lo conocí cuando en una emergencia debió pasar a recoger a su sobrino. Es buen mozo, parece bastante afable y según me dijo su hermana, tiene un trabajo estable.

Todos esos puntos a favor.

En contra tiene que no es Fabien. Pero una cosa es cierta, no voy a ir a la cita de esta noche. Más tarde le enviaré un mensaje de texto—no podría negarme si escucho su voz—y dejaré nuestro próximo encuentro en suspenso.

A la hora del almuerzo paso el tiempo viendo las fotos que ha colgado en su perfil de Instagram Gabriel Smith, el chico que me ha invitado a salir algunas veces y que he rechazado antes. Es bien parecido, cierto, pero no me emociona nada verlo.

Tengo que cambiar de aires.

Tengo que hacerlo.

Antes de perder el valor, le envío el texto a Fabien y después de eso apago mi teléfono. No quiero saber si me llama o me responde. No está el horno para bollos, vaya.

Al salir del trabajo, lo que menos me apetece es volver a casa. Así que camino hasta una cafetería que tiene una terraza muy bonita y tras ordenar un café y algunas pastas, me quedo mirando a la gente pasar.

Me pican los dedos por encender mi móvil, por saber si esto le está costando tanto como a mí, pero al estar aquí en público, estoy poniendo una valla más entre nosotros.

Es necesario.

Cuando se ha hecho de noche ya, estoy lista para volver a casa, pido la cuenta y al pagar, algo cae de mi billetera.

La tarjeta que me ha dado Fabien con el número del terapeuta.

Para mi sorpresa, ahí encuentro estampado el nombre de Mikhail Durek. Nada pierdo al intentarlo, marco el número y después de unos cuantos timbres una voz me saluda desde el otro lado de la línea.

—Durek.

—¿Mikhail?

—¿Quién habla?

¿Madre mía, de verdad es un terapeuta físico?

—Melanie Martinelli —bueno, si estamos hablando claro y con nuestros nombres.

No hablamos gran cosa el día que nos conocimos, pero estoy segura que sabe quién soy.

—Fabien me dijo que había sugerido que me llamaras —puedo escuchar un deje de humor en su voz y eso hace que me relaje—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Eres en realidad un terapeuta físico? —pregunto.

—Entre otras cosas —responde y puedo escucharle reír—. ¿Qué puedo hacer por ti, cariño?

Paso saliva, deseando saber qué hacer. ¿Debí haberle preguntado a Sofía en lugar de llamar directamente a Mikhail?

No tengo con quién hablar de esta aventura sexual, no tengo idea de dónde empezar.

—No sé cómo funciona esto, Mikhail. Supongo que a mi edad soy una virgen en este mundo. —Me río de mi propia ridiculez—. Le conté a una amiga que tenía un problemilla en la cama y ella me sugirió visitar a un especialista, no tenía ni idea de lo que me iba a topar con Fabien, pensé que iba a ser algo más normal, vamos. No pensé estarme metiendo en la experiencia más cautivante y confusa de mi vida entera. Sé que esto es casual, un encuentro sin consecuencias entre dos adultos, pero yo...

—No te estoy entendiendo —confiesa, puedo escuchar que cierra una puerta, de su coche, creo.

—Esto es personal y agradezco tu discreción.

—Está de más decirlo —contesta—. Soy una tumba.

—Mi problema es que no podía correrme, nunca.

—Vaya, ya imagino por dónde va la cosa.

—Mi amiga sugirió ver a Fabien, como dije, pensé que se trataba de una visita al médico como cualquier otra. Ahora el problema no es correrme cuando estoy con él, sino que quiero más y no estoy segura de que él esté buscando lo mismo. Tal vez lo que me haga falta es ver a otro hombre, expandir mis horizontes —suspiro pesadamente—. Soy un desastre, discúlpame, por favor.

—¿Por eso es que me has llamado?

¿Ha sido eso? Porque quiero experimentar con otro hombre. ¿De verdad quiero echar un polvo con Mikhail más de lo que quiero hacerlo con Fabien?

—Hablé hace un rato con Fabien, me dijo que cancelaste tu visita de esta tarde. ¿Pasó algo, te hice sentir mal?

Me sonrojo hasta las orejas de pensar lo que ocurrió entre los tres hace unos cuantos días.

—No, tío. El problema no eres tú, soy yo.

—Infames palabras —contesta él riéndose.

—En serio —agrego—, es que sólo he estado con Fabien y creo que me estoy apegando a él, estoy buscando donde sé que no voy a encontrar.

*Y también siento que al hablar contigo le estoy siendo infiel.*

Vaya, soy un verdadero caso perdido.

—Si quieres que nos veamos, estoy dispuesto a hacerlo, eres una preciosidad y ni loco te diría que no. Si quieres que seamos tres, también puedo encontrar a quien esté dispuesto, la decisión es tuya. —Sus palabras me toman por sorpresa, ¿otro trío? Vamos, si estoy apenas digiriendo la idea de lo que está pasando—. Pero si quieres un consejo, creo que debes hablar con Fabien.

—¿Por qué no ha intentado contactarme?

—Eres nueva en esto, Melanie —explica—. Este es un círculo de personas que quieren pasarla

bien sin complicaciones, si cancelaste tu visita, Fabien tiene que respetar eso. Pero si estás buscando un terapeuta, estoy seguro que hay otro número escrito en la parte de atrás de la tarjeta.

Es cierto, me di cuenta antes, pero supuse que se trataba de un móvil adicional.

—Gracias, Mikhail —le digo—. Por lo del lunes y por el consejo. Ya lo pensaré mejor estos días.

—Melanie, llama al otro número.

## Capítulo 7

### Melanie

—Me dijeron que había alguien aquí con una lesión en la espalda.

Le escucho decir mientras abro la puerta, el aire se me sale de los pulmones. Lleva una camiseta blanca pegada, un chándal negro y unas deportivas que parecen nuevas. De una de sus manos cuelga una maleta de lona, como esas que lleva la gente al gimnasio.

—Sí, el doctor Durok te ha recomendado.

No sabía qué esperar al hacer la llamada, cuando escuché su voz ronca desde el otro lado de la línea, decidí seguir el juego, le di mi nombre y que estaba buscando un terapeuta, pues había sufrido una lesión al hacer un estiramiento. Mantuvimos la conversación formal y distante, acordamos una visita y al final le dicté mi dirección. Es lunes de fiesta por aquí, así que la visita a las tres de la tarde está más que bien para ambos.

—¿Quieres que te trate como a la otra mujer, que te llame mi puta y te folle?

Se acerca a mí, odio la manera en que mi cuerpo me traiciona. Estoy mojada, anhelando sus caricias.

—No —le contesto levantando las manos, como defendiéndome—, mi ex me puso los cuernos bien puestos. Preñó a otra chica mientras estábamos viviendo juntos, jamás sería la otra. Jamás.

—Soy un hombre soltero y sin compromiso, no tienes que preocuparte por eso —responde—. Dime cómo quieres que llevemos esto y así se hará.

—No tengo ni la menor idea.

Y esa es la verdad. Por fortuna, su cabeza parece tener sus propias ideas y no estoy hablando de la que quiere salir de sus pantalones deportivos, que ya está levantando como si se hubiera tomado más de tres cafés.

—Las reglas son las mismas que en el consultorio —me dice después de pensárselo por un minuto—. Desnúdate y camina hacia la cocina, necesito evaluar la magnitud de tu lesión para determinar el tratamiento.

Mi piso no es muy grande, la cocina no está más que unos cuantos metros más allá. Me saco la ropa sin mayor cuidado, dejándola sobre el suelo de madera. Fabien no me quita el ojo de encima, la protuberancia en sus pantalones se hace más y más grande.

Mientras camino hacia la cocina, escucho el cierre de la maleta abrirse, lo que confirmo al regresar. Mi cuerpo está que arde. No puedo esperar a recibir sus atenciones.

Me planto frente a él, esperando instrucciones. Él mira a mis pezones endurecidos y se pasa un dedo por los labios, me encanta el gesto, es como si se le estuviese haciendo agua la boca, pero tiene que aguantar un poco más, el plan está en movimiento. Por fin.

Toma una de las sillas de la pequeña mesa que hace las veces de comedor y la pone a un lado de donde estoy.

—Siéntate ahí, de espaldas a mí.

Esa es una posición extraña, pero sin dudar lo hago lo que me dice, abriendo las piernas para sentarme con el respaldo de la silla de frente a mis pechos desnudos.

Escucho la tapa de una botella abrirse y tras unos segundos, dedos tibios comienzan a masajear mi espalda.

—Estás muy tensa, Melanie —murmura mientras siguen sus caricias—. Sabes que estás en

buenas manos, respira.

Dejo caer mi frente sobre la madera de la silla y él sigue con su labor. Sentir sus manos recorrer mi piel desnuda me relaja, pero también pone mi corazón a palpar a mil por hora, sólo él despierta en mí una necesidad que había estado dormida toda mi vida.

¿Cómo pude vivir más de treinta años sin sentir esto?

—Levántate, pero apoya las manos en la silla. Quiero alcanzar la parte baja de tu espalda.

Y espero que también sigan bajando esas manos a dónde las necesito realmente.

Su tono no cambia, sigue siendo tan controlado como siempre, pero su actitud hacia mí es cada vez menos distante.

¿Estaremos por fin rompiendo la barrera?

—Creo que hemos encontrado la raíz del problema —dice separando mis piernas y justo en ese momento, dos dedos entran en mí cuerpo con poca delicadeza.

Mi cabeza cae hacia adelante mientras saco el culo buscando más, él no me defrauda, su boca en mí hace maravillas.

—Extrañé esto —jadeo. En respuesta recibo una palmada en el culo.

—¿De quién ha sido la culpa?

Sí, lo sé. ¿Quién podría culparme por ser una cobarde y tratar de proteger mi corazón?

Su caricia dentro de mí se vuelve agresiva, él sabe bien cómo tocarme y está determinado a hacerme rogar.

—Necesito evaluar tu lesión desde otro ángulo —saca los dedos de mi mojado canal y se para delante de mí.

Se baja la cinturilla de su chándal, la orden es clara.

Y estoy gustosa de cumplirla.

Me encanta este morbito que hay entre nosotros.

Lo tomo por la base y le doy un estrujón, él cierra los ojos mientras mi boca toca su corona y mi lengua se entretiene dándole vueltas. Sabe bien y me excita, lo siento crecer ante mis atenciones, lo que me alienta a abrir la boca y meterme su polla hasta donde alcance. La tiene tan grande y gorda que es imposible que me la trague toda, pero nunca me aburriría de intentarlo y al mismo tiempo mi mano baja hasta sus testículos que acaricio con cuidado y firmeza.

—Joder —le escucho decir en un gruñido—. Quiero correrme en tu boca, pero tengo otros planes para ti.

Él la saca de mi boca, yo me enderezo, esperando qué más me va a decir. Apenas puedo contenerme.

Da los pasos que lo separan de mi sofá y se echa en él.

—Ven aquí —me ordena, sacándose el jersey por la cabeza.

Es la primera vez que lo veo casi desnudo y no puedo esperar a tener la oportunidad de recorrer sus músculos con la lengua.

En este instante es a mí a quién se le hace la boca agua.

Casi voy dando saltitos hasta dónde me espera con su polla en la mano, ya se ha enfundado el preservativo, preparándola para que me le vaya encima.

Me acomodo con una rodilla a cada lado de sus muslos y me dejo caer sobre él, quien me empuja al cogermelo por los hombros.

—Joder —soltamos los dos al mismo tiempo. Creo que la siento hasta en el pescuezo.

Me levanto y me dejo caer una y otra vez, volviéndome loca encima de él y me deja hacer.

Nuestros roles han cambiado, no soy más la paciente tranquila sino la que tiene el control y él, bueno, está perdiendo el suyo. Quiero compensarle lo que me ha hecho sentir en nuestras visitas,



quiero darle esto, hacerlo gozar tanto como he disfrutado yo.

Quiero que se deshaga debajo de mí.

—Te sientes tan bien. —Me mira con los ojos bajos—. Me voy a correr.

Qué bueno, porque yo estoy justo en ello, sentir mi clítoris restregarse contra su hueso púbico es una maravilla, mientras mis manos se clavan en sus hombros, dejando la huella de mis uñas en ellos y después bajan, delineando los músculos de su torso.

El hombre es una maravilla tallada en mármol negro. O un chocolate de esos finos que importan de Suiza. Una golosina de la que nunca me cansaría.

Estrellitas bailan frente a mis ojos y antes de darme cuenta me dejo caer sobre su pecho duro, entonces él me coge por la cadera, retomando el control de este barco y buscando su propio placer.

No me puedo ni mover, me abrazo a su cuerpo y él hace lo mismo. Cierro los ojos al sentir su mano recorriendo mi espalda desnuda. En este preciso momento somos dos amantes cualquiera disfrutando del brillo después del orgasmo.

Me levanto un poco, pensando en que ya es tiempo de que todo termine. Para mi sorpresa, me abraza, así que aprovecho y me dejo llevar, esperando a que el ritmo de mi corazón vuelva a lo normal.

—¿Cómo te sientes? —Me pregunta tras unos minutos, siento su aliento en mi cuello, sus labios en mi piel sudorosa y caliente.

—Lo he disfrutado, de verdad que sí, pero siempre me confunde esto de no querer que termine tan pronto.

Antes de que él pueda decir algo mi estómago gorgorea. Con la ansiedad de verlo de nuevo me he olvidado de comer y ahora me está pasando factura.

—Señorita Martinelli —me reprende—. Creo que debes estar más al tanto de tus horarios de comida, ¿cómo vas a mantenerte en forma para nuestras sesiones si no te alimentas como se debe?

—¿Quieres quedarte a comer conmigo? En la heladera tengo la masa para hacer pizza lista, pero soy perezosa para cenar sola.

Él sonrío y de nuevo esas arruguitas que tanto me gustan aparecen alrededor de sus preciosos ojos verdes.

## Capítulo 8

### Melanie

Fabien me ha hecho cocinarle sin dejarme echar encima más que mi delantal a cuadros. Claro que nos hemos tardado mogollón de tiempo cortando las verduras, porque mi terapeuta ha insistido en que tiene que evaluar cada uno de mis movimientos, no vayan a resultar ser peligrosos para la *lesión* que tengo en la espalda.

A partir de este día, mi cocina nunca volverá a ser la misma.

—¿Puedo hacerte algunas preguntas?

Es un intento por distraerle y ver si meto esto en el horno antes de que caiga el sol, pero confieso que también quiero algo de información sobre él y lo que es de su vida.

Asiente y trata de sonreír, pero veo aprensión en sus ojos. Trato de no ponerme tensa, así que me concentro en ponerle encima a la pizza.

—¿Cómo comenzaste en todo esto?

—Estaba en una relación —empieza—. Ambos queríamos incluir algo nuevo, así que todo comenzó como un experimento, algo que reavivara la llama. Me encanta probar sabores nuevos, con facilidad, así que sonaba bien para mí. Al final resultó que a ella no le gustó y yo quise mantenerme en el círculo. Llegué a él de la misma manera que tú lo hiciste, por recomendación de alguien que conozco.

Le escucho suspirar y dar unos pasos alrededor de mi cocina, abre la heladera y saca algo de beber de ahí.

—Soy un hombre ocupado, no tengo tiempo para cultivar una relación, para hacerla funcionar. Así que hacer de *swinger* con una pareja funcionaba bien para mí.

Todo va cobrando sentido.

—¿Es por eso que me preguntaste por mi marido cuando llamé a tu consulta la primera vez?

—Ahora lo sabes —responde.

Camino para coger el queso de la heladera, nuestros cuerpos se tocan, es como gasolina sobre el fuego, pero ambos retrocedemos. Este no es el momento, todavía no.

—¿Soy la primera mujer con quien te involucras a solas?

Ahí está, algo importante que quiero saber.

—La única —me aclara y el corazón se me acelera—, siempre me fui a la cama con otras parejas, siendo el tercero. No hago esto seguido, Melanie, debes saber eso.

—¿Por qué me elegiste, si estabas determinado a seguir experimentando con otras parejas?

—Era momento de tomar el riesgo —dice—. Sofía te mandó conmigo, recomendada, le debía un favor a ella y a su marido, así que...

—¿Entonces por qué decidiste meter a Mikhail entre nosotros?

—Como te dije, quería experimentar —y al decirlo hace una cara.

—¿Qué?, ¿no te ha gustado?

Se aclara la garganta antes de contestar, como si lo que fuera a decir tuviera importancia.

—Me gustó, disfruté verte retorcer cuando nos tenías a ambos adentro. Pero también algo dentro de mí estaba echando fuego, me sentí extrañamente posesivo de ti y al mismo tiempo quería demostrarte que soy el mejor de todos.

Vaya, eso sí que me ha dejado con la boca abierta.

—¿Sentiste celos?

Casi que se ha atorado con el agua que estaba bebiendo.

—No precisamente celos —dice carraspeando—. Fui yo quien invitó a Mikhail, en parte porque confío en él, lo conozco bien y él es muy parecido a mí. Sin embargo, ahí había algo que me estaba apretando el pecho, algo que parecía una competencia.

—¿A ver cuál de los dos la tiene más gorda?

Los dos nos reímos, ha sido una respuesta tonta, bromear un poco aligera el ambiente.

—La que te gustara más.

Ambos soltamos una suave carcajada, he terminado con la pizza, así que me limpio las manos, dejando todo listo para ir al horno.

—No puedo quejarme, gracias.

Instintivamente, me acerco como para besarle. Pero él me detiene, estirando una mano sobre mi cuello, la otra en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás.

—Es momento del aperitivo —me dice, de sus ojos sale fuego—. Pon la pizza en el horno, luego súbete a la barra.

Siguiendo sus órdenes, pongo la pizza en el horno y sus dedos deshacen los nudos de las cintas que sostienen el delantal, haciéndolo caer antes de que me dirija a la barra a la que me ayuda a subir.

Creo en los milagros cuando su lengua toca mi centro, en menos de cinco minutos me tiene chillando su nombre, pidiéndole que me de lo que quiero. Que me la meta y empuje cómo él sabe.

—Melanie —murmura mi nombre viéndome a los ojos, mientras su pulgar traza círculos en mi clítoris—. Quiero metértela a pelo, sin nada entre nosotros. Estoy sano, me he revisado este mismo mes antes de que todo comenzara entre nosotros y sólo he estado contigo.

¿Qué ha dicho? Me es difícil concentrarme cuando hace eso. Bien lo sabe.

—Sí, sí —le digo moviendo la cabeza de un lado a otro.

Los minutos se desdibujan, me dejo arrastrar por el placer, por su cuerpo llenándome y del éxtasis que le sigue, dejando mi cuerpo lleno y satisfecho.

—Déjame verte —murmura, su cuerpo sale del mío, manteniendo mis piernas abiertas—. No sabes cuantas ideas me vienen a la cabeza al verte así.

Estas últimas palabras las ha dicho como para sí mismo y no sé qué me excita más, si lo que veo en sus ojos, saber que nuestra humedad sigue en mi piel o lo que me está haciendo con los dedos.

No me da descanso, sigue en lo suyo hasta que me corro otra vez. Ya hasta he perdido la cuenta de cuántos llevo el día de hoy y todo incluso antes de la pizza.

Debería invitarlo a casa más seguido.

~ ~ ~

Después de terminar de comer, mira su reloj.

—Te invitaría a darte una ducha conmigo —sugiero moviendo las cejas, estoy vistiendo nada más su camiseta y él lleva puestos los pantalones de chándal—. Pero si tienes tanta prisa...

—Tengo un compromiso más tarde —dice—. Esta semana será ocupada, pero me gustaría invitarte a cenar el viernes, si estás libre.

Sus palabras tienen un efecto profundo en mí, en mis labios se dibuja una sonrisa y el corazón se me acelera.

—Tengo una cita con el doctor —respondo—, es mi favorito, ¿sabes?

—El doctor no está disponible, deberás conformarte conmigo.

—¿Conformarme? —pregunto levantando las cejas—. Me he olvidado de qué significa esa palabra después de conocerte.

—Maravilloso —dice antes de levantarse de la silla—. No te conformes nunca, Melanie.

¿Entonces cómo le digo que no y que esto de no poderlo besar no me está gustando ni un poco?

## Capítulo 9

### Melanie

El martes muy temprano tomo la llamada de Alicia, justo antes de entrar al centro en que ambas trabajamos.

—¿Tía, en dónde te has metido?

—He estado ocupada, Alicia, lo normal. Planeando mis clases y todo eso.

—¿Desde cuándo esa es excusa para olvidarte que tu amiga del alma existe? —replica—. Estuve a punto de mandar un equipo de esos de lo más top a buscarte.

—Y a ti te hacen falta dos veranos, joder, ¿hoy que mosca te ha picado? Porque tú tampoco es que vayas a visitarme o que llames muy seguido a ver cómo estoy.

Ella tose, he dado en el clavo. Como si no la conociera.

—Como sea, te llamo porque me he invitado a cenar esta noche en tu casa, así que espero que tengas algo preparado, te veo ahí a eso de las ocho.

—Y tú no te has puesto protector solar cuando fuiste a la playa y te has quemado entera, ¿en qué fregados te has metido ahora?

—Ya te contaré esta noche —dice sin soltar prenda.

—¿Y si mejor te mando a que te folle un pez?

—Me amas, no lo niegues —contesta muerta de la risa—. Nos vemos esta noche a las ocho, zorrita.

Sin más, termina la llamada. Vaya usted a saber en qué lío estará metida ahora la deschavetada de Alicia. Estoy a doce horas y una cena para saberlo.

Tal vez sea bueno que las dos agarremos un buen pedo esta noche y por fin le cuente lo que tanto me he callado.

Mejor eso no, al cabo que es martes y todavía hay que sobrevivir la semana laboral. Coñe, uno que tiene que vivir de asalariado, mientras consigo un multimillonario que me mantenga, como a la Cenicienta y que esté dispuesto a pagar mis gustos, esto es lo que hay.

Para ser una mujer de este siglo, hay que pagar el precio.

A eso de las cuatro estoy entrando en un supermercado que queda más cerca del cole que de mi barrio, pero bueno, tengo que ir y hacer la compra. En casa no es que tenga mucho, y debo alimentar a mi amiga.

Ya he paseado por el pasillo del vino y agarrado unas cuantas botellas, a Alicia le gusta tinto, mientras a mí me va más el blanco. Voy a hacer un estofado de carne con patatas que me sale muy bueno, por lo que necesito unas cuantas hogazas de pan.

Estoy por agarrar las bolsas de papel, cuando una voz conocida suena un poco más allá.

Levanto la cabeza y ahí está Fabien, con una niña pequeña en los brazos mientras ella señala los pastelillos que tiene enfrente. Ella debe tener unos cuatro o cinco años y él la mira con completa adoración. Ambos comparten el mismo tono de piel y esos deslumbrantes ojos verdes, pero la pequeña es más rubia.

Él viste una camiseta polo azul, unos vaqueros que le quedan como si se los hubiera mandado a hacer y unas deportivas, en otro momento diría que se ve como sacado de un magazín, ahora no estoy segura de qué pensar.

—Dime cuál de todos quieres, nena, para pedir que lo envuelvan para llevar.

Le habla con dulzura y la mimba bastante, me doy cuenta cómo le hace cosquillas en la tripa antes de bajarla al piso, cogerla por la mano y levantar la mirada.

*¡Sorpresa!* Me dan ganas de gritar, como el payaso que ha salido de la caja con el resorte.

—Doctor Benoît —murmuro, en medio de los dos la niña da unos cuantos saltos, sin duda buscando llamar la atención de su padre.

No dice nada, hasta que una bellísima mujer mulata que viene a dónde estamos y le toma por el brazo.

—Señorita Martinelli —responde, todavía sin reponerse.

Me aclaro la garganta, mis ojos viajan de él a la niña y a la chica que le ha tomado por el brazo.

Ahí está, Fabien y sus dos mujeres, son la familia perfecta.

—¿Tú quién eres? —pregunta la chica mirándome fijamente, con curiosidad vamos.

Me mira tranquila, como segura de a quién tiene a su lado, su piel morena es inmaculada, se ve hasta amable, una de esas chicas de las que todos quieren ser amigos.

—Nadie, yo... esto... sólo quería saludar —murmuro, dándome la vuelta, dispuesta a salir del supermercado cagando leches.

—Es una paciente —le escucho decir, pero yo ya me he dado vuelta, lista para volar de este lugar, ya luego veré qué le doy a Alicia.

Para eso inventaron algo llamado comida para llevar, en casa tengo varios menú y algo se nos ocurrirá, eso sí, en los licores de la esquina voy a comprar una botella de esas grandes de tequila y algunas limas. Hoy será muy necesario el alcohol.

Después de dar algunos tumbos en la calle, de alguna manera consigo llegar a casa, en mis manos la botella de tequila, estoy lista para torturarme y renegar de lo que he hecho en las últimas semanas.

¿Por qué tengo que ir confiando en la gente así tan fácil?

Me culpo por ser tan confiada, por ver a todos con buenos ojos y sin hacer preguntas.

¿En qué estaba pensando? Definitivamente me he liado la manta en la cabeza y ha llegado el momento de pagar. Eso pasa cuando se toman decisiones sin pensar en las consecuencias.

Le dije lo que ocurrió con el imbécil de Robert, mi ex, y ni eso le importó. Vaya morro que tiene el tío. Debería tener cuidado al salir de casa, es tan grande que se lo pisa. Me meto en la ducha, necesito lavarme esta suciedad. Como si fuera tan fácil. Lloro y lloro, agradeciendo el hecho de que no aceptara meterse aquí conmigo, porque como el resto de la casa me lo recordaría. Aquí estoy a salvo de sus recuerdos, ahí me quedo hasta que golpes en la puerta me obligan a cerrar la llave del agua.

Quien sea que esté ahí, está a poco de echarla abajo. Sé que no es Alicia, el reloj sobre la estufa dice que no son más que las seis.

*¿Es que el edificio se está quemando o qué?*

*¿Cuál es la emergencia?*

Abro la puerta y las palabras mueren en mi boca al abrirla para mandar a freír espárragos a quien sea que esté tocando con tanta urgencia.

—Puedo explicarlo todo —dice moviéndose para adelante, porque estoy a punto de cerrarle la puerta en la cara y no me importa si le parto la crisma con ella.

—Que te folle un pez —le contesto, haciendo otro intento de cerrarla.

Él lleva la misma ropa de hace rato, pero su apariencia ha cambiado por completo, se ve maltrecho, como si hubiera salido vivo de las llamas del infierno y ahora viviera para contar la hazaña.

Empuja su cuerpo hacia adelante, obligándome a abrir más la puerta, estoy demasiado asombrada para detener su paso.

—Quien viste ahí conmigo es Fanélie, mi hermana —dice mirándome a la cara, como quien dice la verdad o es un actor buenísimo, de esos que van y se ganan premios vestidos de pingüino, ellos, no los premios, por supuesto—. Ella y su familia llegaron anoche a la ciudad desde Florida, están aquí para visitar a mi madre que no se ha sentido bien estos días. La niña que viste es Charlotte, mi sobrina menor. Mi ojito derecho.

Hace una pausa, toma aire y continúa con su relato.

—Pensaba hablarte de ello el viernes durante la cena y luego convencerte para que el domingo accedieras a acompañarme a la locura que mi madre llama almuerzo familiar.

—No sé nada de ti —le digo de repente, porque es la verdad.

Me mira a los ojos y algo en ellos cambia, se ha ido la angustia, ahora se iluminan con un toque de humor y esperanza. La misma que estoy sintiendo en mi pecho.

Ahora puedo respirar mejor.

—De verdad soy un médico, el doctor Fabien Benoît Fontenot. Al frente del edificio de consultorios puedes encontrarlo como F. Fontenot, especialista en cardiología, ocupo el consultorio número cinco. Hace pocas semanas alquilé el cuatro pensando en expandir mis oficinas, pero entonces conocí a una chica rubia en un bar y no pude sacármela de la cabeza. Algo la hizo salir corriendo y no tenía idea de cómo encontrarla otra vez.

Mis piernas, ¿cómo es que me siguen sosteniendo? Estoy que me derribo a sus pies.

Él da otro paso acercándose a mí despacio, como quien lo hace con una bestia salvaje que se sabe acorralada.

—Unos días más tarde, como por un milagro, ella apareció en mi oficina contándome de su problema. Desde entonces me tiene embrujado, todo comenzó muy raro, ¿sabes? Pero ahora sólo quiero jugar al doctor con ella, al terapeuta y a todo lo que se le ocurra.

—¿Y si ella no quiere jugar más?

Él me mira y da otro paso.

—Melanie, por favor, tú eres mi pareja perfecta. Fuiste hecha para mí, si no quieres jugar, entonces voy a convencerte de que seamos nosotros mismos y dejemos que esto nos lleve, vamos a descubrirnos. Este estilo de vida, no lo necesito todo el tiempo, es liberador saber que he encontrado alguien que me acepta con rarezas y eso, ahora quiero mostrarte el otro lado de mí y que me permitas ver el tuyo.

—¿Y qué hay si yo no estoy lista para tener una relación con un solo hombre?

Sonríe un poco.

—Entonces buscaremos a alguien que se acomode a los dos, si quieres al mismo Mikhail. Pero, Melanie, dame la oportunidad de...

—¿Eso qué significa?

—Quiero hacerte el amor, mi vida, como un hombre que trata de ganarse a la mujer que desea, sin juegos, sin disfraces. Sólo nosotros dos.

Se pasa una mano por la cabeza, pero lleva el cabello tan corto que no hay como se lo desordene.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—Dame la oportunidad de probarme ante ti, pero ahora lo que más quiero es...

—¿Qué?

—Saber a qué saben tus labios.

A pesar de todo lo que hemos hecho, esto suena distinto, más personal. Más íntimo.

—Déjame recorrerte entera, con mi lengua, con mis manos, con mi alma.

—No lo sé.

Mi pecho se mueve agitado, el suyo hace lo mismo.

—Pero yo sí.

Sus dedos se enredan en los mechones de mi cabello dorado tirándome hacia él, haciendo que nuestros labios choquen y nuestras lenguas se encentren. Mi cuerpo entero cobra vida, como si fuera una muñeca y me acabaran de poner pilas nuevas. Quiero que cierre la puerta y me folle aquí mismo, con ella a mi espalda.

—Te voy a hacer el amor esta vez —dice, como leyendo el hilo de mis pensamientos.

—Sí, doctor.

—Fabien —corrige—, llámame por mi nombre. Esta vez voy a tomarme mi tiempo, vamos a ir lento, tierno —sus manos dejan mi cabello, mientras su boca baja por mi cuello, sus dedos viajando en el lado opuesto de mi cuerpo, quitándome el albornoz que cubre mi desnudez.

Con una mano acuna el peso de uno de mis pechos, metiéndoselo en la boca para morderlo y chuparlo. Mis piernas ya no pueden sostenerme, así que él me levanta por el culo, instintivamente enrosco mis piernas alrededor de su delgada cintura y mis brazos hacen lo mismo rodeando su cuello.

—A la cama —dice—, ahí te voy a adorar con esta boca, estos dedos y mi cuerpo entero.

*Deberías ponerle un alto a esto*, me grita mi cabeza.

—Fabien, quiero saber quién eres, de verdad.

Me deja caer sobre la cama suavemente, deslizando sus manos desde mi cuello hasta mis muslos.

—Me deseas tanto como yo lo hago, Melanie.

—No se trata sólo de eso —contrapongo, ese es el punto, es mucho más que darnos unos buenos polvos. Quiero más.

Lo quiero todo.

Se acomoda sobre mí, su cuerpo vestido cubriendo el mío desnudo como una manta.

—Bésame —su voz ha cambiado, no me está ordenando, sino pidiendo, como un hombre al límite.

Tiro de su polo, para sacárselo por la cabeza, dejando su torso desnudo para que mis manos lo recorran.

Su boca explora mi cuerpo, besando mi barbilla, mi cuello, viajando por mis hombros y mis pechos, que adora. Chupa duro mis pezones y sigue bajando, dejando un rastro de besos por mis muslos, mis rodillas, mis tobillos. Me abre las piernas y repite todo otra vez, jugando conmigo, hasta que me tiene retorciéndome y pidiéndole más.

—¿Por qué no te has desnudado? —le pregunto, casi sin aire.

No dice nada, sonrío y se levanta usando los brazos para apoyarse. Se quita los pantalones y de un tirón también la ropa interior y los calcetines.

En el mismo momento que se acerca a mí, aprovecho la oportunidad y tomo su polla tiesa entre mis manos, dándole un buen estrujón.

—Me gusta cómo me tocas. He soñado con esto desde que te conocí, Melanie, aunque no quisiera reconocerlo. He ansiado verte tomando de mí todo lo que quieras.

Sus labios vuelven a aterrizar en mi piel, esta vez llegando a donde tanto lo necesito, al centro de mi placer. Se siente tan diferente, esta vez no es sólo por mí, es por nosotros.

—Fabien... —gimo su nombre, no el del doctor que me llevaba al éxtasis, no del terapeuta. Sólo él.



El orgasmo comienza a tomar forma, gimo y tiro de él, porque quiero que hagamos esto juntos. Por primera vez en una cama, sin escondernos detrás de máscaras, detrás de barreras invisibles.

Somos nosotros, como amantes.

Se posiciona en mi entrada, haciéndonos gemir a ambos, entra despacio. Ninguno de los dos lleva prisa, sé que suena increíble, pero se siente más grande, más duro. Una vez llega hasta donde lo puedo tomar, se detiene e intenta salir, pero mis piernas alrededor de su cadera lo detienen.

Que me lo de todo.

Ambos sabemos que no me voy a partir en dos.

—¿Qué necesitas? —pregunta pero lo sabe bien.

—Sólo a ti, Fabien, sólo a ti.

Eso es suficiente, sube mis piernas a sus hombros y entra una y otra vez en mi cuerpo, haciéndome suya. Completamente suya.

Estoy perdiendo el control, apretándolo con mi vagina, mientras sigue clavando duro en mi cuerpo.

Le escucho gritar mi nombre en el momento que se corre, es un sonido distante pero que me trae de regreso a la tierra después de dejarme ir. Me trae de regreso a casa.

Se deja caer, dándose la vuelta, llevándome con él. Nuestros cuerpos alineados, nuestra respiración en sintonía, nuestros corazones latiendo al unísono.

—Jamás he deseado tanto a alguien como te deseo a ti.

—Bien, doctor Fontenot, bien podrías comenzar con decirme cuántos años tienes. Tú sabes todo de mí, esa información estaba en mi historial clínico.

Se ríe, su pecho vibra y me encanta ese sonido ronco.

—Cuarenta y seis —responde.

—Oficialmente puedo decir que me gustan las canas —agrego riendo—. Veo unas cuantas por aquí.

—Dime que este sólo es el principio, Melanie, quiero que conozcas todo de mí y quiero saber todo de ti, no sólo lo que estaba escrito en el formulario que llenaste en mi consultorio.

—¿Por dónde quieres empezar?

—Por llevarte a cenar, una cita como Dios manda y después llevarte a conocer a mi familia.

—Me gusta ese plan. Desde que hice esa llamada mi destino estuvo sellado, soy tuya, doctor Fontenot.

—Me alegra escucharlo —susurra acercando sus labios a los míos.

Me encanta que me bese, todo de él me gusta.

—Mi doctor que arregla corazones —me mofa de él, después de todo es un cardiólogo.

—Entre otros problemas, ¿cuál es tu emergencia?

## Epílogo

### Fabien

#### Nueva Orleans – Un año más tarde

No hay nada que me guste más que volver a casa y saber que ella está ahí, esperando por mí. Hemos salido a cenar, por supuesto que ya le he presentado a mi familia, y en ese momento mi madre declaró que ella era la respuesta a todas sus oraciones, ya se imaginaba que su único hijo varón iba a acabar siendo un solterón redomado.

También hemos volado a Boston a conocer la suya, todos blancos y rubitos, en medio de todos ellos yo parecía una mosca en la leche. Sin embargo, fueron tan amables y nos vieron tan enamorados, que pasamos un buen tiempo ahí con ellos. Hasta que su padre me llamó a su estudio y me preguntó por mis intenciones para con su pequeña.

—Voy en serio —le prometí y eso me trae a lo que voy a hacer ahora.

Convencer a Melanie de que aceptara venirse a vivir conmigo fue algo complicado, pues la señorita independiente creía que al conservar su piso conservaba también su autonomía e independencia. Tuve que ser muy persuasivo—lo que en mi léxico quiere decir que me costó varios orgasmos seguidos convencerla de que mi casa también es la suya—además, teniendo una preciosa villa en el barrio francés, ¿qué motivo tenía para seguir malgastando el dinero? Ninguno. Yo tengo a manos llenas y soy muy feliz de compartirlo con ella.

Así que hace seis meses ella es la dueña y señora de esta casa, de todo lo que tengo, incluido mi corazón.

No vamos a hablar de lo que tengo entre las piernas. Mi polla sólo se pone dura por ella, y siempre con ella. De sólo pensar en ella ya mi soldado está despertando, pero calma, hoy nos enfrentamos a una batalla diferente.

He sido fiel a mi palabra, lo que me ha ganado su confianza. No hay mejor cura para un corazón herido que un hombre romántico y entregado. Sí, me he vuelto moñas con los años. ¿Pero quién puede culparme? Soy feliz.

En mi casa tengo una dama y en mi cama tengo a la fiera que me enamoró desde el primer momento.

—Melanie —la llamo al cerrar la puerta. Hoy es nuestro aniversario, así que vengo con rosas y vino en mano—. ¿Cariño, dónde estás?

Silencio, eso es lo único que recibo en respuesta mientras sigo caminando por la casa a oscuras, hasta que llego a nuestro salón, que está alumbrado suavemente por una lámpara.

—Bienvenido a casa, doctor Fontenot —ronronea, casi se me salen los ojos, ella lleva puesta una bata que simula la que un médico lleva en el consultorio, pero hecha de una delgada tela que deja más bien poco a la imaginación, y bastante corta también. Tacones rojos y unas medias blancas de encaje altas—. Me han dicho que usted se encuentra mal de salud estos días y que una visita a su domicilio era necesaria y urgente.

De puritito milagro no se me han caído al piso el vino y las flores.

—Melanie —mi voz ha sonado como una advertencia y lo es—, ¿de qué se trata esto?

—Hoy es un día especial —dice ella, como si yo no me acordara.

*¿Flores y vino, suficiente pista?*

—Soy la doctora Martinelli y, hoy, hoy yo estoy a cargo.

Este es un juego que puedo seguir... al menos inicialmente.

Dejo las flores y la botella de vino sobre el sofá, por el rabillo del ojo la he visto sonreír, Melanie no es muy buena actriz, su bonito rostro siempre es reflejo de lo que siente.

—Desnúdate —me dice en voz autoritaria, es una orden que sigo gustoso, ya se dará cuenta de lo que hace conmigo en cuanto me quite el pantalón.

Pieza por pieza, dejo caer la ropa sobre el sillón. Abre los ojos al verme en calzoncillos, son negros y bastante ajustados, y hacen un trabajo bastante pobre ocultando lo excitado que estoy.

—Échate sobre el sillón —me instruye con voz temblorosa.

*Sí, preciosa, espera que te ponga las manos encima. Te voy a follar tan duro que se te va a olvidar hasta qué día es hoy.*

Me deshago de lo último de mi ropa, caminando hasta el sofá, con mi mano derecha estoy bombeándome la polla, no es que me haga falta, pero quiero darle un incentivo visual.

Vaya que yo estoy teniendo el mío.

Soy un cabrón con mucha suerte.

—En su historial dice que tienes cuarenta y siete años, ¿tienes problemas para excitarte?

Por poco ladro una carcajada. Problema no tengo ninguno, el lío es evitar ponerle las manos encima cuando está cerca.

O concentrarme en el trabajo, ese es mi problema.

—Tú dirás —respondo jalándomela más fuerte, desde la base hasta la cabeza.

Me siento en el sillón y ella pasa una de sus manos sobre mi hombro, esa mera caricia me la pone más dura. Esto va a ser tortura pura y tengo la idea de que se está vengando de todo lo que le hice meses atrás.

—¿Cuándo fue la última vez que te follaste a alguien?

Ella sabe la respuesta, porque es ella y sólo ella la que recibe mis atenciones.

—Esta mañana —respondo, aunque es mentira, no hemos follado. Mientras el sol se asomaba por la ventana de nuestra habitación, le hice el amor. Le dije con mi cuerpo lo que no alcanzo a expresar con palabras, que la quiero, que la deseo, que es el amor de mi vida.

Me he vuelto un moñas incurable, no me quiero imaginar cómo voy a resultar cuando tenga a nuestros hijos en brazos. Porque quiero todo eso, saber que la he llenado con mi leche y que una parte de mí crece en sus entrañas. La quiero ver amamantando, quiero compartir con ella noches en vela, cuidando de sus sueños. Ver esos pequeños piececillos corretear por esta enorme casa que compré hace años sin saber que me preparaba para su llegada.

—Ya veo —agrega pasando las manos por mis pectorales, al llegar a mis tetillas oscuras pasa las uñas sobre ella y después la lengua.

Maldita sea, me voy a correr y ella no ha hecho más que tocarme.

—¿Follas regularmente? —sigue con su cuestionario.

—A diario. —Ahí está y quiero hacerlo ahora mismo, que se me siente encima y termine con este purgatorio.

—Es una chica con suerte —murmura.

—No, el de la suerte he sido yo, ella es magnífica.

Sin dudarle, meto una mano en medio de sus piernas, ella está tan mojada y caliente como siempre. Deliciosa.

Me da una palmada, mirándome con una ceja levantada.

*Sí, sí, me he olvidado de que hoy el control es tuyo.*

—Echa la cabeza hacia atrás —me ordena—, quiero que veas al techo y no apartes los ojos de ahí.

Como si fuera tan fácil, si ella no fuera tan bonita, si ese pelo rubio que parece un halo y esos electrizantes ojos azules no me gustaran tanto, y ese cuerpo...

Acomodándose entre mis piernas, que abre con las suyas, se deja caer de rodillas, inclinándose para tomar mi polla dura entre sus manos.

—Quiero que te quedes muy quieto y que sigas mis instrucciones al pie de la letra —ordena. Bien, si esto es lo que debo hacer para que me la chupe. Pongámonos a ello.

Melanie no pierde el tiempo, me toma hasta el fondo, tragándose la corona. En todos estos meses hemos aprendido a complacernos bien el uno al otro, y lo hace tan bien.

—Qué bueno se siente —gimo.

Joder, esto es el cielo.

Su boca trabaja mi polla llevándola hasta la garganta, apretando con ella la punta cada vez que la mete. Sus manos van a mis testículos, que acaricia como me gusta. Cierro los ojos, disfrutando del momento, echando de menos su sabor en mi boca.

—Levanta tus piernas —me dice, esa petición me sorprende. Pero lo hago sin dudarlo, no hay nada que no haga por ella—. Pon los talones en el sofá, con las piernas abiertas.

Esto es nuevo, sin embargo, creo que en el sexo todo se vale.

No veo qué está haciendo, pues mis ojos siguen cerrados, su boca vuelve a mi polla y entonces siento su dedo presionando en mi culo. No puedo evitar ponerme tieso, pero está tibio y mojado, así que se desliza con facilidad dentro de mi cuerpo.

Su boca sube y baja más rápido mientras sigue acariciando mis pelotas. Me relajo, dejándome llevar por la euforia del momento. Como médico sé que un paciente se puede correr duro si le están haciendo un masaje prostático prolongado, esto es más que eso. Aunque es mi primera vez, no sé qué mierdas ha estado leyendo ella, pero esto es... no hay palabras para describirlo.

—Melanie. —Su nombre sale de mi boca como un siseo, una advertencia.

Su boca me chupa con más fuerza, sus dedos me aprietan la polla y otro entra y sale de mi culo, estoy a punto, ella lo sabe. Joder, ella me ha llevado hasta ahí.

Mi cabeza cae hacia atrás, al tiempo que empujo mi pelvis buscando más de su boca, quedándome quieto mientras le doy todo lo que tengo. Cada gota. Ella se la traga entera, lo que me lleva más alto.

Esta mierda ha sido intensa.

—Joder, Melanie —murmuro cuando puedo hilar un pensamiento coherente, creo que he perdido el conocimiento por un par de segundos.

—He estado investigando —me dice, se lleva una mano a la boca, limpiándose lo que ha quedado de mi semen en sus labios.

—Y ahora es mi turno —le digo, porque se merece por lo menos un orgasmo. Por el momento.

—Esto no es lo que tenía planeado —se queja mirándome a los ojos, en la penumbra de nuestro salón puedo ver esos ojos azules brillando por el deseo, su preciosa piel blanca sonrosada por la excitación.

—Apuesto que sigues mojada y caliente —la tiento—, apuesto que tu clítoris está latiendo, ansiando mi boca.

A pesar de que tengo especial cuidado con mi físico, tengo que ser realista, a los cuarenta y siete no es como que me recupero en un suspiro. Necesito algunos minutos y pienso aprovechar cada segundo.

—Esto se supone que es para ti —dice sonriendo.

—Échate aquí a mi lado —la cojo por la muñeca, dándole un suave tirón, para que se siente aquí conmigo, una vez la tenga donde la quiero ya hablaremos de quién tiene el control.

Haciendo un puchero se deja caer en el sofá, de inmediato le abro las piernas y me arrodillo. Hemos cambiado los papeles.

Perfecto.

—Creo que lo siguiente en el examen es probar la fuerza de mi lengua.

Eso la hace reír.

—Sí, porque meterme la lengua es lo más top para tu salud.

—Me regula el ritmo cardíaco. —Me pone a cien, como cardiólogo certifico sus beneficios.

Además de que lo que más me gusta es hacer que mi paciente favorita se corra.

—Cásate conmigo, Melanie —le digo al darle el primer lametón.

—¿Qué? —pregunta, tomándome por la cabeza, pero yo soy más fuerte y la sigo chupando, duro.

—Di que sí —insisto.

—¿Ahora? —jadea.

—Sí, mi vida. Porque para siempre quiero hacerte sentir.

**Fin**

# Sorpresa

## Una escena extra

### *El día que Fabien y Melanie se reconciliaron*

Joder, hoy es el día de tumbar mi puerta a golpes.

¿Ahora qué?

—¿Estás esperando a alguien más?

Abro la boca para decir que no, pero miro el reloj que tengo sobre mi mesilla de noche.

—¡Alicia! —chillo parándome de la cama tan desnuda como el día que llegué a este mundo, se me ha olvidado que mi amiga se auto invitó a cenar esta noche.

¿Ahora qué mierdas voy a hacer?

Jolín.

—¿Quién es Alicia? —pregunta sentándose en la cama, al verle ahí, tan guapo y descaradamente desnudo, por un momento se me nubla el pensamiento.

—Mi amiga —respondo—, me llamó en la mañana porque debía hablar conmigo de algo, a saber en qué tiznao se habrá metido.

—¿Quieres que me marche a casa para que puedas hablar con ella?

Vuelvo a mirarle con los ojos abiertos como platos, por supuesto que no quiero que se marche. Quiero mucho a Alicia y todo, pero ahora quiero estar con Fabien y seguir disfrutando de esta reconciliación.

¿O es un principio en toda regla?

Qué sé yo, lo que me importa es que él está aquí, dispuesto a dármelo todo.

Me echo algo de ropa encima y voy a abrir la puerta, dejo a Fabien encargándose de buscar su ropa por todo el piso.

—Vaya —dice Alicia en cuanto abro la puerta—. Pensé que me habías dado el plantón.

—Pero si esta es mi casa —replico.

Ella se ríe, me da un empujoncito y entra como dueña y señora.

—Casos se han visto —agrega—. ¿Qué me has preparado para cenar?

—Vamos a pedir comida china —contesto alegremente, como si fuera la octava maravilla.

—Eres la peor amiga del mundo —chilla—, yo que vengo a celebrar contigo que he encontrado al donante perfecto y tú me sales con estas. Nada más necesito arreglar el problema que tengo con esta rodilla y...

—¿Pero qué has dicho? Estás loca, Alicia, deschavetada por completo.

—Tía, pero si te lo he dicho muchas veces, este año voy a cumplir treinta y dos, no pienso ser la abuela de mi hijo.

Ruedo los ojos, no puedo evitarlo. Está como una regadera.

—Señoritas... —dice Fabien volviendo a la sala, vistiendo sus jeans y el mismo polo arrugado de hace rato.

Alicia lo mira con la boca abierta, sin duda no da crédito a lo que ven sus ojos, creo que hasta se ha pellizcado a ver si es cierto.

—¿Y este portento quién es? —Pregunta cuando le vuelve el alma al cuerpo.

—Fabien Fontenot, el novio de Melanie.

Y ahora a quien se le va la quijada al suelo es a mí.

Fabien está tan fresco como una lechuga, me mira y sonrío con picardía.

*Cabrón.*

—Soy un reconocido médico —dice Fabien y veo las piezas encajar en la cabeza morena de Alicia, ya se ha acordado de dónde lo conoce, ese día en el pasillo—. Puedo hacerte una recomendación, conozco un muy buen terapeuta que ofrece visitas a domicilio.

Sin más, saca una tarjeta de su billetera y se la ofrece a Alicia, quien la toma sin dudar.

—Dile que yo te he recomendado, él sabrá qué hacer.

De reojo me fijo en lo que le ha entregado, en el fino cartoncillo veo impreso el nombre de Mikhail.

Este algo se trae. Y me temo que se va a liar parda.

¿Quieres saber más?  
No te pierdas

## **Hazme Vivir**

El segundo libro de la biología Crónicas del deseo que se publicará en pocas semanas.

Para saber más de todos los proyectos de **Katia Garmendia** y estar al día con sus promociones y publicaciones, sigue su página de Facebook.

[Pincha aquí](#)



## **Otros libros de la autora**

**Llega en febrero**

**Hazme Vivir**

Crónicas del deseo 2

**Serie Millonarios Italianos**

Trato Cerrado

Cuentas Pendientes

Medidas Extremas

Negocios Peligrosos

**Gratis con Kindle Unlimited**